

DEUDA PENDIENTE

ALEJANDRO CORTEZ

DEUDA PENDIENTE

LIBELLA 



Editado en 2024 por Ediciones Libella

Editora Natalia Alterman

www.libellaediciones.com.ar

natalia@naediciones.com.ar

Diseño de tapa: Julieta Ramirez Borga

Diseño de interior: Marco Javier Lio

Impreso en Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Prólogo	11
01	15
02	19
03	23
04	29
05	33
06	39
07	43
08	49
09	53
10	57
11	63
12	67
13	73
14	79
15	85
16	89
17	91

18	97
19	101
20	103
21	105
22	109
23	113
24	117
Epílogo	123

AGRADECIMIENTOS

A mi hermana Maria Karelis Melissa, por hacer este libro posible. A mi esposa por soportarme y estar conmigo en las buenas y en las malas. A mis hijos por ser estímulo todos los días. A mis padres por, bueno, no estoy aquí fabricado por el Espíritu Santo. En fin, a todos los que influyeron en mí de cualquier forma, positiva o negativa, que trazaron los caminos que me trajeron hasta acá.

PRÓLOGO

Al día aún le quedaba suficiente claridad para que pudieran actuar con calma. El estacionamiento de Gitano's bar estaba a la intemperie, así que los rayos del sol de aquella mañana parecían querer ayudar a los propósitos que con ella llegaban a tempranas horas. Las luces de las patrullas y ambulancias que ingresaron eran un espectáculo poco frecuente para los empleados que trabajaban en aquel local. No llevaban las sirenas encendidas, pues no había necesidad de alertar a nadie con su llegada, en especial a Diógenes Cabello, quien se encontraba muy quieto en el asiento delantero en su coche con las manos apoyadas en el volante y la cabeza echada hacia atrás, como si se hubiera quedado dormido; solo que de ese sueño no despertaría nunca más. Un charco de sangre en el suelo fue lo primero que vieron la detective Mónica Campos y su ayudante Daniel Martínez cuando bajaron del coche; goteaba poco a poco de la portezuela cerrada. El coche particular de Mónica

llevaba también en el techo una mini barra luminosa azul y rojo desmontable para identificarse con los otros coches patrulla que iban pintados de azul y blanco y que orgullosos ostentaban la placa de las fuerzas del orden, pintada en las puertas. Una ambulancia se encontraba ya en la macabra escena, y junto a esta, la unidad forense de la policía del estado.

El oficial a cargo se acercó a los detectives y los acompañó hasta el vehículo que formaba parte del cuadro criminal: un Peugeot gris, de esos que tiene cualquier hijo de vecino de clase media.

Daniel permanecía al lado de Mónica cuando el oficial habló:

—Detective, ¿cómo le va? —le escuchó decir. Él mantenía la boca cerrada.

—He tenido días mejores —respondió la detective—. Y qué puede decirme, capitán...

—Márquez, detective —dijo el hombre, sacando de su impecable uniforme una cajetilla de Marlboro; ofreció uno a Mónica, ella lo rechazó con un gesto.

—Márquez, gracias... ¿Mismo perfil?

—Así parece, solo que esta vez la víctima no salió del coche, o mejor dicho, no pudo salir. —Daniel siguió con la vista el dedo del capitán Márquez señalando hacia el coche.

—¿Qué dice el forense? —preguntó ella. Ambos se detuvieron a pocos pasos del Peugeot sangriento; como pensó en llamarlo, aunque luego le pareciera una absoluta estupidez.

—En resumen, que el pobre diablo no la pasó tan bien como esperaba, pero el informe oficial podrá leerlo usted misma —respondió el uniformado señalando de nuevo hacia el coche, detrás del cual parecían esconderse el médico del hospital estatal y el médico forense.

Mónica tomaba notas, mentales y escritas, de todo lo que veía. El cadáver en el coche, la sangre en el suelo. Quiso tomar unas fotografías en el interior del vehículo, para lo que tuvo que entrar por el lado del acompañante. Justo después de que varios destellos del flash iluminaran el coche por dentro, la voz del forense le llegó desde el otro lado.

—Bien, detective, creo que eso es todo por ahora —dijo el doctor, quitándose los guantes de látex e introduciéndolos en una pequeña bolsa transparente que le ofrecía el joven a su lado—. Mi labor culmina aquí, así que me retiro.

—Espere un poco, doctor —le pidió ella, mirando un poco más de cerca el techo, cerca del tapasol. Daniel la veía desde atrás hurgando con sus dedos la parte superior del coche, se veía algo incómoda—. ¡Daniel! —lo llamó—. Necesito la navaja.

De inmediato Daniel hurgó en su bolsillo hasta encontrar la multiuso, desplegó la afilada hoja y la depositó en la mano abierta de Mónica. Luego la vio apuñalar el techo del coche como si quisiera llevarse un trozo de este.

01

Siete días antes.

Las voces apagadas que escapaban por las rendijas de la puerta eran, de forma inequívoca, las de dos profesionales en pleno debate por la razón, aunque al margen de quién la tuviese, el resultado no se vería en nada afectado.

—Tienes —que admitir que estas pruebas podrían reabrir el caso —exigía Diógenes Cabello, abogado de la firma para la que trabajaba también su colega, Manuel Maduro, con quien sostenía aquella disputa que, ambos lo sabían, no arrojaría ninguna mejora al mundo.

—Eso si ese leguleyo las encuentra, ¿no crees? —replicó Maduro mientras se acomodaba la corbata frente a un espejo instalado en el cuarto de baño de la oficina.

—Esas pruebas son de dominio público, mi estimado.

En ese momento, Maduro salía del tocador y secaba sus manos con servilletas.

—Eso es lo lindo del asunto, Diógenes —replicó, y tiró las servilletas mojadas en el cesto—. Cuando se den

cuenta de que su as de espadas estaba en sus narices, no, en la nariz de todo el mundo, no van a querer ni siquiera escuchar que este caso existió. —Su colega no dijo nada, estaba sopesando lo que decía Maduro, y la razón que tenía lo convertía en un auténtico hijo de puta—. ¿O acaso crees que algún abogado respetable admitirá haber pasado por alto algo así?

—Ni con su esposa —masculló Cabello mirando ligeramente hacia abajo. Maduro se apresuró hacia la puerta, pero se detuvo al pasar al lado de Cabello y poniendo una mano en su hombro añadió:

—Relájate, hombre, el caso fue cerrado. Yo me voy a celebrar con unas copas, deberías hacer lo mismo.

Y salió dejando que el mecanismo cerrara la puerta. Diógenes Cabello se quedó en la silenciosa oficina mirando el bello escritorio de imitación de madera.

—Cierra con llave al salir —escuchó Cabello la voz de Maduro al otro lado.

La sesión había finalizado a las 18:30 con el fallo del juez a su favor, o a favor de la justicia, como le gustaba decir. Se retiró luego a su oficina en un edificio a unos seis kilómetros en el que funcionaba el escritorio jurídico Maduro, Cabello y asociados. Allí lo esperaba su colega y buen amigo. Por supuesto que de lo único que hablaron fue del caso; un caso de violación flagrante en el que el

criminal no tenía muchas posibilidades de terminar del lado bueno de los barrotes, lo que no significaba terminar del lado correcto; pero en efecto, y por un tecnicismo bien empleado por la defensa, y un desatino monumental de la parte acusadora, ese fue, contra todo pronóstico, el lado en el que terminó aquel pervertido, ante la mirada impotente de un juez respetuoso de la ley y los ojos atónitos y devastados de una familia cuya hija y esposa no volvería a ser la misma nunca más. Otro par de ojos también fue testigo silente de aquel fallo injusto, cuyo final determinó el seco golpe del mazo de madera. Pero eran ojos discretos, y salieron de la sala mucho antes de que los murmullos que el fallo provocó se transformaran en un estruendo de protestas e injurias. Esos ojos marrones no se quedaron a ver el final de aquel espectáculo sofocado por la fuerza policial; prefirieron entrar en su coche y esperar a que el defensor del crimen, aquel abogado del diablo, saliera triunfante del edificio y partiera.

Manuel Maduro disminuyó la velocidad cuando pasó frente al local. Su nada humilde reloj de oro marcaba poco más de las once y media de la noche cuando se detuvo en el estacionamiento privado de Ali-Ba-bar, un discreto sitio de los suburbios que era más famoso por la clase de clientes que concurría que por los servicios que ofrecía. Bajó del Audi negro; color que eligió porque, según

él, decía cosas interesantes acerca de su dueño. Además, no veía a un abogado conduciendo un coche, digamos, amarillo, por costoso que fuese; blanco tal vez, o gris, pero nunca amarillo. Llegó a la puerta del bar como si fuera el dueño, e incluso entró sin saludar al portero. No veía nada más que su propio ego inflamado, tanto, que no vio a la mujer que lo miraba con pícaro curiosidad desde que había entrado al salón principal, ni al empleado de seguridad que lo cacheó completamente desde su puesto de vigilancia en el lado opuesto del salón, tampoco al gorila que lo reconoció del noticiero del medio día y que no le quitaba el ojo de encima, y mucho menos a la muchacha que había entrado cerca de una hora después, que era la misma que lo había seguido desde el edificio de los tribunales a su despacho y luego hasta el bar.

02

El silencio de la casa se quebró cuando los pasos de las chicas retumbaron al bajar por las escaleras de madera. Eran más de las doce de la noche y, según ellas, la noche no había comenzado. Se habían vestido de fiesta, los tacones altos y los vestidos cortos eran la moda y ellas no iban a ir en contra. Se detuvieron frente al espejo para darse los últimos retoques aunque no los necesitaran; no solo porque se veían bastante atractivas para cualquier mocoso promedio, si no que esos truhanes se pondrían tan borrachos cuando la fiesta acabase, que no distinguirían una mula de una mujer a tres metros de distancia.

—¡Adiós, abuelo! —dijeron al unísono.

—¡Hey, Hey! ¡No tan rápido, pequeñas mocosas! —reclamó la voz gutural del viejo, quien se asomó a la sala desde la cocina secándose las manos con un pañuelo. A ellas les parecía que el tamaño del hombre se incrementaba con cada paso que daba—. ¿No creen que andan demasiado... llamativas?

—No, abuelo, ¡lo sabemos! —Ellas se echaron a reír. El viejo no lo hizo; moría de ganas de reír a carcajadas, pero tenía una reputación que cuidar, ya sonreiría con gusto cuando estuviera solo en unos minutos.

—Bueno, bueno, ¡vengan acá! —les dijo, fingiendo un enfado que estaba muy lejos de sentir. Primero tomó de los hombros a su nieta y cerró lo más que pudo su chaleco, aunque la camiseta de abajo no mostraba absolutamente nada. Luego hizo algo parecido con la otra, que aunque no era su nieta, la trataba como si lo fuera; ellas habían crecido juntas, prácticamente, y hasta habían ingresado

juntas a la facultad. Cuando el viejo consideró que no mostraban más de la cuenta las despidió. Se quedó mirándolas hasta que la puerta se cerró; la casa volvía a quedar en silencio. Se fue hasta la planta de arriba y abrió con cuidado la puerta de la primera habitación, que estaba ubicada más cerca de las escaleras. Ahí estaba ella, su hija, dormía plácidamente bajo las gruesas sábanas. No pudo evitar un escalofrío al recordar que muchos años antes, ella era exactamente igual a su nieta, y que una noche también se había ido de fiesta con una amiga.

No tenía sueño, o tal vez sí, pero no podía dormir, tal vez era porque su pequeña estaba fuera de casa a merced de todos los peligros que la noche y la jungla de concreto llevaban consigo junto al atractivo de su oscura

belleza. Bajó a la cocina para buscar un tentempié, abrió el refrigerador y, después de hurgar el interior, se decidió por un simple vaso de jugo de naranja. Deambuló por la casa unos minutos, encendió el televisor de la sala y se sentó en el sofá para relajarse un poco. Sabía que Bianca bajaría a tomar su acostumbrada taza de té. Estaba empeñada en hacerlo aun sabiendo el esfuerzo que le suponía, y al igual que a su nieta, a ella tampoco podía retenerla en su habitación como un rehén. El brillo de la pantalla terminó por cansarle la vista, y se quedó dormido mientras Bianca bajaba las escaleras con el mecanismo eléctrico de la silla.

Pudo ser la mala posición o el ruido del televisor lo que lo despertó. Se fue lenta pero directamente a la planta de arriba; a su

habitación, era mejor que despejara sus preocupaciones y dejara descansar su mente en una almohada y una cama blanda. Después de todo el mundo estaba lleno de personas que iban de aquí para allá sin que nada les sucediera, y estadísticamente a unas pocas les sucedía algo malo de forma fortuita. Una pequeña, casi invisible variación en su estrictamente calculado orden lo desvió de su objetivo.

03

Juan ingresó al Ali-Ba-bar con sus amigos poco antes de medianoche. Él, Lucas y Marcos ocuparon la pista principal viendo cómo todos los otros corrían a la barra a comprar bebidas. La música sonaba alto y las luces tenues apenas dejaban ver los rostros. Las ocurrencias de Lucas hacían reír a Marcos y a Juan, quien estaba algo nervioso masticando un chicle de menta y controlando obsesivamente su flequillo. Ya era de madrugada cuando ella entró, y enseguida decenas de miradas masculinas se posaron sobre ella. Estaba sola fumando un cigarrillo, llevaba una cartera negra y un vestido a juego con redes y un diseño un tanto erótico, unos tacones altos que disimulaban su estatura y su piel blanca destacaba contra el negro cabello que llevaba solo hasta los hombros. Juan y Lucas se habían colocado a un costado de la barra cuando la chica pasó junto a ellos sin mirarlos ni siquiera por equivocación para sentarse algunas sillas más allá. Juan llamó a Lucas con el codo y señaló hacia la chica, que ya tenía un

trago en la mano. Uno le hizo la seña al otro y ambos se dirigieron hacia su presa.

—¡Hola! —dijo Lucas. La joven parecía no haber escuchado—. ¡Hola! —repitió. Esta vez la joven lo miró y logró articular una sonrisa cortés. Ellos respiraron aliviados—. ¡Oye! ¿Quieres bailar? —preguntó Lucas, no se sentía seguro.

—Lo siento, estoy acompañada —dijo ella, lo más alto que pudo.

—¡No veo a nadie contigo, linda! —intervino Juan, bastante reforzado gracias al alcohol.

—Creo que ese no es tu problema, guapo.

—¡Hey! ¡Hey! —dijo Lucas, levantando las manos en señal de rendición, y tomó a Juan por el hombro, invitándolo a abandonar la empresa. Juan no lo tomó muy bien y se zafó de un tirón la mano de su amigo.

—¡Oye, niña tonta! ¿Quién te has creído?

—Hey, hombre, ¡ya! —Lucas intentó calmarlo. La muchacha dirigió su atención al trago y permaneció indiferente a lo que sucedía frente a ella.

—¡Tú déjame en paz! ¡No eres más que un quejica! Enseguida que una estúpida te dice que...

—¿Está todo bien aquí? —Una voz gruesa de hombre interrumpió la perorata de los chicos—. ¿La están molestando, señorita?

—¡No, está bien! —dijo ella, hablando por fin—. De hecho, ya se iban —agregó, y le dirigió una mirada asesina al que parecía estar sobrio. Como dos hienas amedrentadas ante un león, Juan y Lucas se retiraron; uno con dignidad y el otro caminando de espaldas, haciendo un gesto que a él le parecía retardador, pero que en realidad se veía como un síntoma de algún mal genético.

—Tus amigos son graciosos —dijo el hombre, sentándose al lado de ella.

—Lo siento, no los conozco —replicó, tomando un trago de su gin tónico.

—¡Pensé que venían contigo! —continuó él. Ella miró hacia los muchachos; le pareció que se habían olvidado del asunto.

—No. Quise venir sola hoy, a despejarme un poco. —Él la observó con descaro, y luego le tendió la mano.

—Manuel Maduro —se presentó. Su mano se quedó en el aire solo un poco más de lo que hubiera pensado, y de no haber sido por las luces del sitio, hubiera asegurado que al oír su nombre, el rostro de la chica se transformó, y eso le provocó un escalofrío.

—¡Sonia! —dijo ella, tendiendo también su mano, y lo miró directo a los ojos. Ella lo tomó de la mano y él la llevó hasta la salida del local.

Él la besaba con lujuria. Ella se dejaba llevar por sus manos, dejaba que la manoseara con libertad, que se diera gusto con su cuerpo. Ella se colocó a horcajadas sobre el hombre, quien llevó su mano hasta la pequeña palanca ubicada a un costado del asiento, la empujó con suavidad, aunque tuvo que hacer esfuerzo para controlarse; el asiento comenzó a moverse hacia atrás, dejando a Sonia más libertad de movimiento al alejarla del volante. Él notó que Sonia solo dejaba que él la tocara, pero ella no estaba haciendo mucho; decidió no darle importancia, tan solo era una zorrita más, y solo tenía una intención con ella, incluso podría dejarla ahí si quería pasarse de lista con él. La verdad había sido bastante fácil; solo le había comprado un par de tragos caros y luego deslumbrarla con su coche, él había pensado en un motel de las cercanías, pero la muy cachonda quería hacerlo de inmediato, así que fue idea de ella no salir del estacionamiento; admitía que no le gustaba la idea al principio, pero ahora con los muslos de la chica sobre sus piernas moviéndose sobre su miembro, no tenía mucha importancia.

La sostenía por la cintura con una mano, y con cuidado comenzó a levantarle la falda, tocó con sus dedos la tela de su ropa interior, supuso que debía llevar algo debajo, porque no sintió la esperada humedad. Se decidió a no seguir esperando por ella, le soltó la cintura y deslizó su

mano toscamente por dentro del vestido hasta el *brassier*, donde se detuvo a apretar sus pequeños pechos, sentía que el pantalón estaba muy tenso en la entrepierna, no dejaba de intentar estimular a Sofía, pero estaba demasiado excitado, así que quitó la mano de sus pechos y la llevó hasta abajo, abrió su bragueta y aflojó el cinturón. Como pudo se bajó los pantalones, quedando solo en calzoncillos, todavía esperaba que ella hiciera eso, al menos. La tomó por el cabello, su respiración era agitada, y su mirada exigía que comenzara. Ella llevó su mano hasta los muslos de él y lentamente fue acercándola hasta el duro bulto que había más allá.

Afuera la temperatura descendía lentamente, y una suave niebla comenzaba a cubrir las llantas del coche, haciéndole parecer que flotaba. Después de unos diez minutos, el movimiento inusual de aquel coche aparcado en medio de una veintena de coches se detuvo. Pronto, la puerta del conductor se abrió y un hombre bajó; no se veía nada bien.

04

Siempre que ella se iba la casa quedaba en silencio. De no ser por el aparato de televisión que permanecía encendido casi siempre, cualquiera pensaría que estaba deshabitada. El coronel Castro, como le gustaba, o mejor dicho, como demandaba que le llamasen, era el dueño, y habitaba esa propiedad desde hacía tanto tiempo que, junto a la casa, formaba ya parte de las escrituras, según decían los vecinos. Era militar retirado del ejército, jubilado con una buena pensión y viudo desde hacía algunos años. Era un hombre paciente y cariñoso pese a la colección de medallas por su valor en combate que ostentaba en su repisa; cada una ganada con sangre, casi siempre la del enemigo. Se jactaba de decir que las medallas que no podía mostrar por la naturaleza secreta de algunas de sus misiones, las llevaba en forma de orgullosas cicatrices.

El coronel Castro vivía ahora con su hija y su nieta, en quienes volcaba toda su energía, y haría casi cualquier cosa por protegerlas, desde contar con un seguro médico

completo y un seguro de vida contra casi todas las vicisitudes que pudieran presentarse, hasta una colt 1911 calibre .45 que guardaba en su alcoba; siempre cargada con trece municiones de punta hueca y siempre a mano, guardada en un estuche protegido con apertura digital; solo dos huellas estaban autorizadas para abrir el estuche.

Una de las peculiaridades de Castro era su marcial sentido del orden y la disciplina. Cualquier cosa fuera de lugar, aunque mínima, sería detectada por su ojo de águila, y justo en el momento en que la delgada línea negra que formaba una vertical en la puerta entreabierta del armario llamó su atención y comenzaba a acercarse con cautela intentando recordar qué había estado buscando ahí, un estrépito resonó en la planta baja de la casa, causando alarma en el coronel, y con toda razón; su nieta se hallaba fuera de casa y su hija... Bueno, no podía levantarse de la silla de ruedas a la que estaba confinada hasta el fin de sus días.

—¿Cariño? —preguntó el viejo en voz alta mientras bajaba apresurado las escaleras, aun sabiendo que su amada hija no podría responder—. Cariño, ¿estás bien? —volvió a preguntar. Ya estaba en el recibidor, y entonces llegó a la cocina, donde su hija había dejado caer la taza del té caliente que bebía.

Los trozos de la taza y el platillo estaban regados por el suelo, un pequeño pozo ahogaba sus últimas ondas

debajo de las ruedas antideslizantes. La mano levantada de Bianca lo alivió de pensar en cualquier cosa horrible que podía haber sucedido.

—¡Hija, querida! —dijo el hombre colocándose frente a ella. La mujer de treinta y seis años lo miró, y como siempre le dijo lo que sentía con una extraña habilidad que tenía para comunicarse a través de las miradas: “lo siento, papá”. Al menos era lo que creía el coronel—. Está bien, amor, no pasa nada. Ya recogeré todo esto... —Bianca le cogió un brazo y él se detuvo a mirarla a los ojos—. Tu hija salió de fiesta, amor. —Ella volvió a hacer un gesto casi imperceptible—. Sí, se parece mucho a ti... —Esperó de nuevo perdiéndose en el mar de aquellos ojos—. Te confieso que también me preocupa, pero no puedo encerrarla aquí.

Ella aflojó la presión sobre el brazo de su padre y él se agachó para recoger los restos. Subió con ella a la habitación y la ayudó a acomodarse en su cama, luego revisó que las cortinas estuvieran cerradas y el aire acondicionado a la temperatura adecuada. Comprobó el estado del comunicador y se sentó al lado de ella. Le dio un beso en la frente y salió de la alcoba. Volvería a intentar conciliar el sueño. Tal vez una película mala le ayudase con esa empresa.

05

El letrero en la puerta de la oficina decía *DETECTIVE*, y era la puerta que el cartero buscaba. Golpeó un par de veces hasta que la voz del otro lado le indicó que pasara. El hombre pasó, llevando un manojo de papeles en una mano y un bolso al hombro lleno de más papeles. Dejó la puerta abierta tras él.

—Esta, y... esta —dijo el empleado del correo, eligiendo dos cartas dirigidas a Mónica Campos y poniéndolas sobre el escritorio. A continuación, le extendió la carpeta con un papel que explicaba la razón de la entrega. Mónica firmó el acuse de recibo y devolvió la carpeta. El hombre la saludó, le dio las gracias y se marchó. Al pasar por el umbral, se topó de frente con un hombre alto y delgado que se disculpó y se hizo a un lado para dejarlo ir.

—¡Mon! ¿Cómo estás? —preguntó el director del departamento de policía tomando asiento frente a ella. Mónica solo hizo un gesto con la mano señalando la pila de papeles que arruinaban el aspecto del escritorio.

—Un poco lento, pero seguro, jefe. —Se levantó y se dirigió hacia el archivador, sobre el que había una cafetera—. ¿Un poco de café?

—Sí, por favor —concedió él. Esperó que la mujer volviera con el café. Tomó la taza humeante y cruzó las piernas acomodándose. Cuando ella se hubo sentado de nuevo, le habló:

—Hay un caso interesante, Mon. Ah, iniciando la semana con buen pie, ¿no? Para nosotros, tal vez, pero no para el abogado del mes, mira.

Le dejó un sobre manila en el escritorio, se recostó de nuevo y bebió un pequeño sorbo. Mónica tomó el sobre, dejando a un lado su taza; lo abrió y sacó las fotografías que contenía.

—Ah, el abogado de Satán —dijo ella mirando una de las capturas.

—Del diablo —corrigió el director.

—¿Perdón?

—El abogado del diablo, como la película, ¿sabes?

—Ah, sí, sí, entiendo.

Miró todas las tomas, luego volvió a introducir los documentos y tomó nuevamente su café.

—Lo encontraron esta mañana —comentó. Le incomodaba el silencio—. Un par de empleados de limpieza llamaron a la policía y fuimos de inmediato. El hombre

no llegó a casa y tampoco se había presentado en el juzgado para recibir los legajos del caso, así que la gente comenzó a preocuparse, hasta esta mañana, que recibí el aviso de las patrullas de que habían encontrado al abogado. —El director hizo una pausa y bebió otro sorbo de café—. El tipo no tiene buena reputación, así que la lista de sospechosos es larga.

—Fue una mujer —dijo.

—¿Disculpe?

—El asesino, fue una mujer, así que la lista se reduce.

—Oh, le entiendo... Bueno, ¿se encargará usted?

—Sí, será sencillo, el tipo debe tener una fila larga esperando turno para escupir sobre su tumba.

—Ya lo creo que sí —agregó el hombre levantándose. Apuró el café de un trago y dejó la taza en el platillo—. La misión es determinar si fue un crimen pasional, una venganza, o hay alguien más en peligro, sobre todo el juez Robles, después de todo, fue él quien dio el veredicto.

—Entiendo, jefe —dijo, levantándose—. Saldré para allá inmediatamente.

—Gracias, Mon. ¿Me tienes al tanto?

—Seguro, jefe.

Mónica esperó que el director se marchara para tomar el teléfono. Marcó un solo dígito que comunicaba con alguien del edificio.

—Daniel, prepara todo, tenemos un caso —dijo cuando oyó que respondieron. Luego colgó y esperó a su ayudante.

Mónica era una mujer práctica, por eso había elegido un auto de modelo y color práctico, nada extravagante pero tampoco sencillo, así viajaba cómodamente en su Nissan Altima en compañía de Daniel, un pasante de la facultad de medicina que se había ido por la rama forense y se había enganchado luego a la criminalística. El chico estudiaba las fotos que les habían dado en la comisaría y el informe preliminar del perito.

—¡Así que dices que fue una mujer! —comentó el muchacho. Ella solo asintió sin quitar la vista de la vía, ya estaban cerca y una vez entraron en el estacionamiento, no tuvieron muchos problemas para encontrar la escena—. Bueno, analizando las fotografías, no me cabe duda de que así fue, y tampoco de que se trata de una venganza. —Mónica volvió a asentir. Dos oficiales apostados al lado de una patrulla en medio del área les hicieron señas para que ocuparan el espacio vacío que había a un lado del área acordonada con la típica cinta amarilla.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Mónica al acercarse a un oficial levantando su placa.

—Buenos días, detective —la saludó el uniformado con un toque de su gorra—. Bueno, como ve, hemos aislado

el área. —Señaló con un gesto todo el perímetro—. Parece que al tipo lo hirieron dentro del coche y trató de escapar, a juzgar por el rastro de sangre. —El oficial señaló un área que había varios metros más allá en el que parecía descansar un hombre después de una caminata excesivamente larga para una herida de esa magnitud. Mónica se acercó al cadáver, negó un poco con la cabeza; las víctimas de desangramiento tenían aquella particular impresión del que sufre un susto terrible y se queda así petrificado como mirando al infinito.

—¡Daniel! —solicitó la detective. El hombre se acercó—. ¿Qué opinas? ¿Alguna teoría de cómo escapó el ignoto? —Daniel se agachó para ver el cuerpo más de cerca, y luego miró al coche de la víctima como si pudiera medir la distancia solo con la vista.

—Hay muchos accesos a la vía —dijo el muchacho, señalando la dirección por donde habían entrado—. Y cualquiera está lo suficientemente cerca para irse a pie, descartemos el transporte público o los aventones, cualquiera que hubiera intentado tomar habría alertado a las autoridades; no es usual encontrar a alguien ensangrentado en medio de la vía en horas de la madrugada...

—¡Oiga! —El oficial a cargo quiso opinar—. ¿Por qué asegura que el agresor estaba ensangrentado?

—Bueno —intervino Mónica—, el corte fue hecho en la arteria femoral desde una posición bastante... íntima,

por decirlo de alguna forma, así que es imposible que no resultara con una buena cantidad de sangre en su ropa.

—Eso nos deja una posibilidad...

—¿Un cómplice? —Volvió a intentarlo el policía, un tanto emocionado con las deducciones de los detectives.

—Es probable, y habrá que tomarlo en cuenta. De todas formas necesitare los videos de las cámaras.

—Puede perder el tiempo mirándolas —replicó el uniformado metiendo las manos en el bolsillo—. Pero las cámaras están puestas para cuidar los coches de los clientes, no a las personas, así que la resolución no es la mejor de todas.

—No se preocupe, oficial, no perderé mi tiempo viendo esos videos, lo perderá el equipo forense. Así que de igual forma los necesito.

06

El ruido del timbre dio un respiro a la película que veían el coronel Castro y su hija en la televisión. El hombre se levantó del sofá y fue hacia la puerta. Miró por el ojo mágico y le sorprendió ver una pareja de... ¿Policías? Miró a su hija un momento antes de abrir.

—Sí, buenos días. ¿Puedo ayudarles? —saludó el viejo, frunciendo un poco el entrecejo por el sol.

—Buenos días, señor —saludó Daniel cortésmente—. Soy Daniel Martínez, detective de la policía del estado y él es Martín Vélez, mi compañero. ¿Aquí reside Bianca Castro? queremos hacerle unas preguntas.

—Bueno, sí, yo soy su padre. —El señor Castro abrió la puerta indicándoles con un gesto que pasaran.

—Gracias, señor. —Ambos pasaron al salón, el televisor encendido mostraba la imagen congelada de un par de tipos batiéndose a tiros en un estacionamiento; una munición hollywoodense destrozaba una columna

de concreto—. Lamento haber interrumpido su tiempo libre, señor —se disculpó Daniel.

—No, está bien, tomen asiento, por favor.

—Gracias —dijo el otro, y ambos tomaron asiento en sillas individuales, rodeando al señor Castro sin que este se diera cuenta. Mónica había dejado encargado a su ayudante del interrogatorio en la casa de Castro mientras ella hacía otro tanto en el bufete de Manuel Maduro.

—Y bien, ¿cómo puedo serles de ayuda?

—Nos gustaría hablar con su hija, ¿está aquí? —Castro ensombreció su semblante ante la pregunta, pero luego comprendió que no sabían nada, decidió tomarlo con calma.

—Ella está aquí, pero no creo que les sea de mucha ayuda...—El que se había presentado como Vélez algo se levantó con un gesto un poco prepotente, según juzgó el coronel. Decidió jugar un poco con el hombrecito.

—Señor Castro...

—¡Coronel! —le interrumpió, dejando en claro que no se dejaría intimidar.

—Coronel, perdón. Estamos aquí para dar solución a un caso de suma importancia, y le agradeceríamos su colaboración. —Castro observó que el rostro del detective Martínez se había puesto del color de la cera, obviamente no había sido parte del plan que se negara a

llamar a su hija. Daniel se levantó también, acercándose a Martín con discreción.

—Eh, disculpe usted, coronel —dijo Daniel en tono de disculpa—. Mi compañero aquí...

—Usted se disculpa mucho, detective —dijo Castro, levantándose también—. Le avisaré a mi Bianca que quieren verla... ¿Puedo ofrecerles un café? —Daniel levantó la mano para negarse al ofrecimiento, pero la voz de Martín fue más rápida.

—Con poca azúcar, Coronel, señor, por favor. —Castro hizo un gesto de gracia a Daniel y desapareció por la puerta de la cocina.

—¿Cómo puedes ser tan imbécil? —le reclamó Daniel después de que el viejo se metió a la cocina. Hablaba irritado pero casi en susurros.

—¡Hey! Que no hice nada, solo quise dar por sentada nuestra autoridad. —contestó Martín, también en susurros.

—¿Autoridad? ¡El tipo es coronel! Por Dios...

—¡Ex! —le cortó—. Ex coronel, y no es...

En ese momento un objeto de gran tamaño apareció por la puerta por donde se había ido Castro. Era una silla de ruedas, y una mujer la ocupaba. Detrás de ella iba Castro, con una bandeja en una mano en la que había dos tazas que humeaban. El rostro de Daniel se descompuso

en una mueca de vergüenza, y el de Martín no se puso mucho mejor.

—¡Señores! Dijo el viejo, dejando la bandeja en la mesa y poniéndose de pie, muy firme, detrás de la silla que ocupaba su hija—. Ella es Bianca, mi hija. No puede hablar, pero puede escuchar y ayudarles en lo que pueda, también tiene absoluta movilidad de su brazo derecho...

07

—¡Idiota! Sabías que la mujer era lisiada, ¿no?

—No, imbécil, no lo sabía, pero deberías tener un poco más de tacto al interrogar a las personas, no todos los sospechosos son culpables, ¿sabes?

—¡Al diablo, Dan! —le soltó Martín cuando llegaban a la comisaría y los recibió Mónica en el camino.

—¿Todo bien, niños? —les preguntó—. Espero que no hayan hecho molestar al coronel.

—No, no, el tipo es muy amable, a pesar de todo, y colaboraron con nosotros en todo lo que pudieron.

—¿Colaboraron? ¿Hablaron con su hija? —Mónica se mostró preocupada.

—Pudiste habernos dicho que el sospechoso era el viejo, Mónica... o que su hija estaba en silla de ruedas.

—¡Oye! Pensé que lo sabrían en cuanto la vieran, ¿no?

—Pues sí, eso pasó, ¡pero después de acusarla! —Los tres se quedaron mirándose un momento hasta que el silencio se encargó de dejar claro que ya nada se podría

hacer al respecto. Ambos se sentaron frente al escritorio. Mónica reanudó la charla.

—Pues avancemos, chicos —dijo ella, dejando un fajo de papeles a un lado—. Bueno, ¿qué averiguaron?

—Que la señorita Bianca no pudo haber cometido el crimen.

—Muy inteligente, señor Daniel. ¿Y el viejo?

—Tampoco, no podría dejar sola a su hija e ir de madrugada a matar al abogado.

—Además de que sería muy interesante mirarlo agazapado en el piso del coche ofreciéndole sexo oral para distraerlo y matarlo luego.

—¿Y qué averiguaste en el bufete? —le preguntó Daniel. En ese momento un oficial se acercó a ellos con un sobre sellado y se lo entregó a la detective—. Gracias —dijo, y esperó a que el oficial se marchara para hablar con sus agentes—. Nada relevante, esos abogados se toman muy en serio eso del secreto profesional, aunque ocultan todo lo que puedan... —Mónica levantó el sobre mientras hablaba—. Estos son los resultados de las investigaciones sobre Bianca Castro, el coronel Carlos Castro y el abogado Nahuel Maduro. —Abrió el sobre y extrajo las tres carpetas; entregó dos a los agentes y se quedó con una—. En una hora los veo en mi oficina y dividiremos el trabajo.

—¡Sí señora! —Ambos se retiraron hacia la oficina de Daniel, ubicada en la sala común de la comisaría donde los cubículos estaban separados por paneles.

Poco más de una hora después golpearon la puerta de la detective Campos, ella levantó la vista del escritorio e invitó a pasar a los visitantes. La puerta se abrió y sus agentes entraron.

—¿Y bien? ¿Qué tenemos? —preguntó la detective, le acentuaba su atractivo usar gafas de lectura.

—Yo descubrí que podemos dejar al viejo en paz —respondió primero Martín—. El tipo es casi una leyenda viva; medallas, condecoraciones y más medallas.

—Mi legajo dice que el abogado se especializaba en casos difíciles y, no lo van a creer, fue acusado de violación cuando tenía diecisiete años, y salió en libertad condicional por ser menor y por tener buenas influencias y, aquí viene la mejor parte: la víctima fue Bianca Castro. El ataque fue lo bastante brutal como para dejarla en el estado en el que está, y ni los contactos de su padre en el ejército pudieron encerrar a los cuatro implicados, entre ellos, nuestro abogado estrella. —Fue la respuesta de Daniel.

—Podemos entonces seguir con el móvil de la venganza —agregó Mónica deslizando su legajo hacia los agentes—. Miren esto. —Ambos jóvenes miraron el documento, quedando asombrados cuando leyeron la parte que

describía un registro del hospital en el que constaba el nacimiento de un bebé cuya madre era la misma Bianca Castro.

—Así que de nuevo hay un sospechoso en la casa Castro —comentó Daniel.

—Así es, Dan. Hemos de visitar de nuevo al coronel.

—Muy buena idea, chicos, pero yo debo declinar, tengo otros casos que atender y la temporada de finales se aproxima —se disculpó Martín, levantándose.

—Muy bien, Martín, gracias por tu ayuda. —Daniel lo despidió con un apretón de manos y el muchacho salió de la oficina.

Justo cuando se levantaron para salir, el director del departamento se asomó por la puerta abierta, tocó de igual forma por pura rutina.

—¿Se puede? —preguntó.

—Señor, pase, adelante. —Daniel se levantó de la silla para estrechar su mano.

—Supe que han avanzado bastante.

—No tanto como esperábamos, jefe, pero tenemos ya ingredientes para cocinar.

—Muy bien. Y respecto al tema principal, ¿debo preocuparme por alguien más? ¿O se trató de una venganza personal y solo debemos perseguir al rufián por todo el país?

—Sospecho que debemos preocuparnos, jefe —observó Mónica. Se quitó las gafas de lectura y se

acomodó en su sillón—. Resulta que descubrimos que el abogado fue acusado de violación hará unos veinte años, y salió en libertad con poco más que una nalgada y una reprimenda. La víctima, por otro lado, sufrió lesiones graves que la confinaron a una silla de ruedas y quedó encinta.

—¡Vaya lío! —dijo el director enarcando las cejas.

—¿Y sospecha que algún cercano a la víctima esperó veinte años para tomar venganza?

—Es posible, el padre de la víctima es militar, pero no logró que se dictara una condena justa.

—Pena de muerte.

—Era lo que se esperaba, pero parece que el padre del chico tenía más influencias.

—Y más dinero —terció Daniel.

—Entonces ¿sospechan del anciano? —continuó el director.

—No, lo descartamos, pero tiene una nieta.

—¡Una nieta...!

—Sí, y creemos que alguien contó a otro alguien la razón de la condición de Bianca Castro, y a ese otro alguien no le pareció justo el final de la historia y decidió torcerla un poco. —El director se quedó un momento sopesando la información. Tamborileó con los dedos sobre el escritorio y se levantó.

—Está bien, debo suponer que el próximo blanco será el juez Robles. Le daré dos agentes para que lo vigilen y protejan en su casa.

Daniel y Mónica quedaron a solas en la oficina, y recogían lo que necesitaban para continuar con su investigación cuando el teléfono de la oficina sonó.

—Mónica Campos al habla, ¿diga? —Era el departamento de homicidios. Mónica escuchó con atención lo que le decía el interlocutor. Tapó el micrófono con una mano y le habló en silencio a Daniel—. Hay otro cadáver.

08

De nuevo en un estacionamiento, esta vez, en un pub del parque central, el que por circunstancias geopolíticas ya no se encontraba en el centro, pero era lo suficientemente grande para albergar un cadáver en su interior el tiempo suficiente para ser descubierto demasiado tarde. Las agujas del reloj daban las tres de la tarde cuando arribaron al sitio acordonado. Los oficiales de guardia les hicieron el saludo de rutina y les permitieron el paso. De nuevo un charco de sangre en el suelo, de nuevo otro cuerpo.

Habían salido casi de inmediato después de recibir la llamada telefónica del departamento de homicidios. El hombre al otro lado de la línea le informó a Mónica el hallazgo de un cadáver en el estacionamiento de un pub de las inmediaciones. No tenía tiempo para hacer averiguaciones por teléfono, así que recogieron lo más importante y partieron.

—¡Caballeros! —dijo Mónica al bajar del vehículo a una distancia prudente. El capitán de la división volvió a acercarse a ella como en el caso anterior.

—Detective, ¿cómo le va?

—He tenido días mejores —respondió la detective—. Y qué puede decirme, capitán...

—Márquez, detective.

—Márquez, gracias... ¿Mismo perfil?

—Así parece, solo que esta vez la víctima no salió del coche, o mejor dicho, no pudo salir—. El capitán Márquez señaló con un dedo hacia el coche.

El Peugeot gris parecía haber sido pintado recientemente, tal vez por el ángulo en el que la luz le daba, solo una grotesca mancha marrón venía a echar al traste cualquier comercial de vehículos en un elegante estacionamiento de un pub de moda. Mónica observó que, efectivamente, el cadáver estaba aún sentado frente al volante, tenía la cabeza echada hacia atrás en una expresión de un miedo profundo, infinito. Las manos estaban atadas al aro de dirección con un par de esposas forradas con tela de peluche verde, lo que indicaba que se había planeado el hecho con bastante antelación.

—Daniel, ¿me alcanzas la cámara? —Su agente de confianza le entregó el dispositivo. Mónica abrió la puerta del conductor para comprobar lo que ya sospechaba; igual

que la vez anterior, tuvo cuidado de no pisar el viscoso charco oscuro que se formaba justo bajo la portezuela y, en efecto, era así: la víctima estaba semidesnuda de la cintura para abajo; los calzoncillos completamente manchados de sangre competían con el asiento por absorber la mayor cantidad posible de líquido. Tomó varias capturas desde varios ángulos para revisarlas con calma en su oficina. Quiso inspeccionar el coche más profundamente, así que lo rodeó y entró por el lado del acompañante para sacar otras capturas, y fue en una de esas tomas cuando el flash iluminó parte del techo y algo curioso apareció. Era algo diminuto y no podía verlo en la penumbra, así que sacó del bolsillo su móvil y encendió la linterna led para iluminar ese

pequeño resquicio. Hurgó con los dedos las muescas, incluso a riesgo de dañar una posible fuente de huellas digitales.

—¡Daniel! —solicitó.

—¡Mon! —respondió el muchacho detrás de ella.

—Necesito la navaja.

Daniel le entregó lo que pedía. No bastaban las fotografías, así que con el filoso objeto cortó el trozo de felpa que cubría el latón de la parte superior del coche, llevándose la pista e introduciéndola en la clásica bolsa *ziploc*.

De regreso a la comisaría, Daniel conducía a velocidad moderada por la ancha autopista, miraba fijamente

la vía mientras la detective cavilaba en su propia burbuja personal dejando que su vista vagara por el horizonte.

—Mon...—habló Daniel, sacando a Mónica de su ensimismamiento—. ¿Qué viste en ese trozo de felpa que removiste del coche?

—Son marcas que parecen hechas con una navaja u hojilla, quisiera saber qué dice porque no pude leerlo bien allá. Tal vez no sea nada, pero no puedo dar nada por sentado.

—¿Y qué crees que sea? —preguntó de nuevo, más por seguir conversando que por necesitar realmente la información.

—La verdad, no sé. Pero no me gusta sacar conclusiones apresuradas. Lo cierto es que equivocamos los objetivos, Dan, no quiere a los que absolvieron a los criminales, ni abogados ni jueces. —dejó su conclusión en el aire, como analizando lo que estaba por decir, hasta que finalmente agregó—: Quiere a los criminales.

09

Tal como ordenó el jefe del departamento de policía del estado, dos agentes de paisano fueron asignados a patrullar la elegante casa del juez Robles para evitar un posible agravio y, con un golpe de suerte atrapar y encerrar a un criminal peligroso, o peligrosa. Gustavo y Lorenzo eran tipos de rostro duro y tamaño imponente, también contaban con un cerebro reducido, lo que les daba a sus superiores la confianza en que acatarían las órdenes al pie de la letra. Mónica y Daniel, por su parte, volvieron a la casa del señor Castro, el cual los recibió con menos amabilidad que la vez anterior.

—¡Detectives! Buenas tardes —saludó el coronel Castro con fingida cortesía que no intentó disimular ni siquiera un poco—. ¿Situaron ya a mi hija en otra escena de algún crimen?

Mónica sintió la necesidad de disculparse.

—Lamento lo que pasó con los agentes, coronel, me siento muy apenada.

—Ah, al menos sabe con quién está hablando.

—Sí, coronel, y nuevamente le ofrezco mis disculpas, pero estamos ante un caso de homicidio múltiple y quisiéramos descartar posibles sospechosos para reducir nuestra área de búsqueda.

—¿Está diciendo que mi hija sigue siendo sospechosa? ¿O acaso soy yo el objeto de sus sospechas?

—No, coronel, pero nos gustaría hablar con su nieta.

—El semblante del coronel Castro cambió y su expresión fue la de alguien que ha sido descubierto infraganti—. ¿Nos invita a pasar? —preguntó la detective rompiendo el silencio incomodo que se formó en el aire.

Sin cambiar de expresión, el coronel Castro se hizo a un lado y abrió la puerta para dejarlos pasar. Los condujo hasta la sala y les indicó con un gesto que tomaran asiento, luego entró a la cocina en el ala siguiente y se quedó unos minutos allí para luego aparecer con dos tazas de café. Daniel agradeció para sus adentros que no hubiera entrado de nuevo con su hija en silla de ruedas, ya lo habían avergonzado suficiente.

—Bueno —comenzó el coronel, sentándose en un sillón—. Mi nieta no está ahora. Pero ¿podrían decirme qué tiene que ver ella con todo este asunto?

—Sí, señor...

—¡Coronel! —atajó el hombre a Daniel, que había comenzado a hablar.

—Perdón, coronel. Sí, le explicaremos, pero nos gustaría que estuviera su nieta presente...

—Entiendo —dijo el coronel acomodándose en el sillón—. Pueden esperarla, no debería tardar. —Daniel no pudo evitar que la sensación de alerta fuera captada por los ojos entrenados del coronel. Castro se dirigió a él.

—Tranquilo, detective, mi nieta no está en silla de ruedas.

10

La facultad de medicina estaba atestada de estudiantes ese soleado día. Corrían de aquí para allá escudriñando las carteleras informativas en las que serían publicadas las calificaciones del último curso. Lola también buscaba, y al lado de la sección de anatomía vio a una muchacha que señalaba con un dedo la lista de nombres pegada a la pared. La reconoció de inmediato y fue hasta ella.

—¿Nos veremos el próximo curso? ¿O sigues enamorada del profesor del curso pasado? —preguntó Lola a la chica que no había notado aún su presencia.

—¡Lola! —La saludó con efusión y un abrazo—. ¡Sí! Aprobé todo el curso... —se detuvo cuando analizó el chiste.

—¡Hey! ¿Tú también? No se me dan bien los números y lo sabes, eso es todo —le dijo, se le habían encendido las mejillas.

—¡Oye! Pero no te sonrojes, jaja. —En ese momento, un empujón casi echó a la chica sobre Lola; una libreta cayó al suelo.

—¿Quieres apartarte? —dijo otra muchacha que se acercó a la cartelera.

—¿Tienes siempre que ser tan estúpida? —La recién llegada apartó la vista de la cartelera y encaró a la otra.

—¿Cómo me has dicho?

—¡Hey, hey! —intervino Lola—. Vamos Rosi, ya viste lo que tenías que ver.

—¡No! —replicó Rosi—. Aún no he visto tus notas.

—Vamos, regresamos luego, ¿sí?

—Anda, ¡hazle caso a tu mamá!

—¡Hey! Creo que ya fue suficiente, ¿sí? ¿Podemos dejarlo ya?

—¿Y qué vas a hacer si no, eh? —Ahora encaraba a ambas, su altura era superior y su mal carácter intimidaría a cualquier picapleitos promedio.

—¡Creo que lo que te hace falta es una buena nalga-da, niña!

—¿Y quién va a dármela, tú? ¿Eh?

Con un rápido movimiento, se acercó a centímetros de Rosi, y frente a ella un aparato paralizador emitía una viva y terrorífica danza de rayos eléctricos.

—Sabes que sin ese aparato no eres nada.

—¿Ah sí? pues ya te enseñaré lo que significa ser nada. —La bravucona soltó el botón del taser deteniendo la descarga; lo guardó en su bolso, del que luego se deshizo

y arrojó al suelo, dejando las manos libres para moler a golpes a quien se atravesara en su camino.

—¿Hay algún problema aquí, chicas? —Una voz masculina dejó todo el ambiente en una tensa calma. El profesor de anatomía de acercó al naciente torbellino a punto de desatarse.

—Ninguno, profesor, las niñas ya se iban, solo quería felicitarlas por sus calificaciones —dijo la chica apartándose de Rosi, mas su mirada aún seguía fija en ella.

—Bueno, me alegra oír eso. —El profesor les dio la espalda para entrar en el edificio de sección. Rosi tomó el bolso de la agresora y se lo tendió.

—Se te olvida esto. —Ella lo tomó mientras el profesor se alejaba, luego lo vieron retroceder y exclamar:

—¡Brisa! Puedes venir conmigo a la oficina, ¿por favor? —La chica se alejó en silencio del campo de batalla, y siguió al profesor al interior del edificio.

—¡Quisiera quitarle ese genio a puñetazos! —estalló Rosi, que luego se agachó a recoger su libreta. Al levantarla, cayó al suelo el aparato paralizador de Brisa.

—¡Hey, eso es de ella! —dijo Lola mirando con sorpresa el pequeño aparato.

—Bueno, creo que no va a ser tan valiente ahora, ¿no?

—Se va a poner de peor humor cuando no lo encuentre.

—Pues no es algo que me quita el sueño.

—Bueno, bueno ya, déjala, no vale la pena que te pongan una raya en tu intachable conducta por esa estúpida.

—Es que es tan... Tan... —No encontraba una expresión adecuada. Brisa era la típica estudiante problema, excepto por sus notas sobresalientes, razón por la que seguía estudiando en la facultad. Nunca se supo el por qué comenzó la rivalidad o enemistad entre aquel trío de mujeres, lo cierto era que Brisa engañaba a cualquiera, era alta y delgada como un junco, pero no solo ostentaba con orgullo una buena cantidad de trofeos que rodeaban una cinta negra y un kimono blanco otorgados como reconocimiento por sus habilidades, sino que pertenecía a la escuela de gimnasia y atletismo de la facultad, dejando así claro que no era una buena idea buscarle problemas. Eso y un oscuro rumor de serios desequilibrios mentales que, según Lola, se había inventado ella misma para ocultar alguna debilidad o miedo, eran de lo más común y hasta llegaba a veces a sentir lástima por ella.

Lola entró a su casa a eso de las tres de la tarde. Eran épocas de finales de curso y los viajes a la facultad se extendían sobre todo a recoger resultados. Lola se quedó un momento en la entrada de la sala mirando a su abuelo sosteniendo una conversación con una pareja de... ¿Abogados?

—¡Hija mía! —la saludó el coronel con paternal cariño.

—Hola abuelo —dijo ella acercándose a la reunión.

Los dos visitantes se levantaron.

—Hay unas personas que quieren hablar contigo.

Los detectives se acercaron. Mónica extendió la mano. Lola la estrechó con cautela.

—Soy la detective Mónica Campos, de la policía del estado. Él es mi ayudante, Daniel Martínez.

—Mucho gusto —dijo el joven agente, estrechando la mano de la muchacha.

—¿Detectives? —Lola miró a su abuelo con cierto asombro.

—Sí, estamos en medio de una investigación por un caso de homicidio.

La palabra se quedó un buen rato revoloteando sobre la cabeza de Lola, hasta que su peso terminó por desmoronar todo el drama, y con alivio la chica pudo responder:

—Homicidio... ¿y soy sospechosa o algo?

—No hemos dicho eso, señorita —concedió Daniel, casi temiendo que la pequeña víbora le exigiera que la nombrara por algún rango militar. Por un momento se la imaginó llevando uniforme de teniente o algo así.

—No es necesario, ¡es suficiente con venir aquí a interrogarme! —La menuda Lola dejó su mochila en la mesa y hurgó hasta sacar un papel, que dejó en manos de

la detective—. Esas son mis calificaciones del curso que acabó recientemente. ¿Creen que tendría tiempo de matar a alguien teniendo que estudiar para obtener esas notas? —La chica se había puesto roja de una ira que apenas lograba contener, mas con un respiro que bañó su espíritu de una calma que necesitaba añadió, señalando la puerta de la casa—: Creo que allá afuera hay un criminal suelto intentando escapar del país, si es que no lo hizo ya, porque ustedes están aquí siguiendo un episodio adolescente que encendió alguna alarma en su estúpido sistema

—No, señorita Castro, es más complicado que eso, o, a decir verdad, es más simple que eso —replicó con calma la detective.

—¿Ah sí, entonces? ¿El cadáver tenía mi nombre escrito en el cuerpo o algo así?

—Los cadáveres, señorita —Daniel dejó que la chica se tragara eso para agregar—: están relacionados de alguna forma con usted.

11

—¿Relacionados conmigo? —Lola ahora había cambiado de posición respecto a los detectives, y accedió a tomar asiento para que pudieran explicarle la situación en la que se encontraba; sin revelar detalles que pudieran comprometer la investigación, claro. Se extendieron un poco más de lo que habían planeado para que la muchacha cayera en cuenta de los eventos que los habían llevado a esa dirección en particular.

Mientras los detectives explicaban con tecnicismos las implicaciones de Lola en aquel descabellado caso, el coronel Castro no pudo evitar recordar aquellos días angustiosos que había vivido hacía más de quince años, cuando Bianca era adolescente y él era un oficial activo del ejército. Bianca era una muchacha hermosa como pocas, no era una estudiante demasiado brillante, no como Lola, pero siempre aprobaba sus cursos, que era lo importante. Rodeada siempre de amigos y, cómo no, admiradores. Cierta día de fines de curso, en el que los jóvenes salían a

los clubes y sitios para despejarse, Bianca también fue a uno de esos sitios con la intención de tomar unos tragos y con seguridad hacer algunas otras cosas que no contaría nunca, o al menos no a su padre. Lo único que no esperaba nadie, era que Bianca no volvería a su casa, o al menos no de la misma forma en la que salió.

El coronel Castro había recibido la llamada al día siguiente. Al principio no pudo asimilar del todo la información que el encargado del hospital le transmitía, pero de igual forma salió inmediatamente a las instalaciones médicas. Al llegar ahí le informaron el estado de Bianca: Un completo desastre, tenía en su sistema una cantidad significativa de alcohol mezclado con estupefacientes, y esa era la parte bonita, la parte que los médicos no mostraron fue la externa, en la que la frágil criatura había recibido un brutal tratamiento que requeriría años de terapias y medicaciones para estabilizar tanto daño. El coronel se encargó junto con la policía de identificar y apresar a los agresores, los que resultaron luego absueltos por ser menores de edad y por otras artimañas legales y, por supuesto, gracias al dinero y las influencias de sus padres. No olvidó mencionar que, mientras estuvo en el hospital, una mano anónima se había encargado de pagar el tratamiento de Bianca. Nunca supo quién se hizo cargo, tampoco preguntó. Y así, el caso fue eventualmente cayendo en la

espesa bruma del olvido y Bianca pudo seguir respirando y viviendo con los límites a los que había sido obligada a aceptar, porque a pesar de que dejar de respirar hubiera sido una piadosa salida, la noticia de que una nueva vida crecía dentro de ella la puso de nuevo en el gigantesco océano de la vida, y nueve meses después una niña sana y gordita chillaba en la sala del hospital central en brazos de un amoroso abuelo y los ojos llenos de vida de una madre que daría todo por aquella criatura.

—Entiendo, pero eso no significa que haya matado a nadie —La voz de Lola regresó al coronel al presente—. Lo siento si fui grosera con ustedes hace un momento. — Les señaló, ahora con mejor talante.

—Sabemos que no es fácil que venga un policía a tu casa a acusarte de asesinato, Lola, y desde que todo esto comenzó, no hemos tenido tiempo de practicar el tacto con las personas, pero queremos evitar que siga muriendo gente.

—Pero si ellos son los culpables, creo que yo no soy la persona indicada para ayudarles.

—Te entiendo, pero nuestro trabajo es encerrar al asesino...

—Un asesino que, a mi parecer, está haciendo justicia —soltó, y comenzó a levantarse de la silla. Había adquirido de nuevo ese brillo en los ojos que evidenciaba la

irritación que iba creciendo en su interior—. Cosa que ustedes están evitando.

—No nos corresponde a nosotros decidir ese...

—Lo siento, pero creo que esta conversación ha terminado, si no les importa, me retiraré... Abuelo, nos vemos más tarde, estoy muy cansada.

Subió las escaleras y los dejó allá abajo. Dos segundos después sonó un portazo en alguna de las habitaciones.

—Lamento no ser de más ayuda, amigos —dijo el coronel. Mónica se sacó del bolsillo de su chaleco una tarjeta y la dejó sobre la mesa de centro.

—Si ocurre alguna irregularidad, no dude en llamarnos, por favor. Castro observó por un segundo el pequeño rectángulo de cartón y agregó:

—Permítanme acompañarles a la salida. —Los tres comenzaron a caminar y, ya en el umbral, Castro no pudo evitar decirles—: respecto a la posición de mi nieta, temo tener que decirles que estoy de su lado y espero que no encuentren a ese asesino hasta que haya terminado con lo que se propone. Y cuando lo encuentren, porque sé que lo harán, díganle que si se pone en contacto conmigo, tendrá los servicios de un excelente abogado. —Y tras esperar que la pareja de agentes saliera, cerró la puerta.

12

Era tarde, pero aún no había oscurecido, Daniel y Mónica se dirigían hacia el coche mientras comentaban el encuentro con la familia Castro. La verdad, ninguno de los dos tenía muchas expectativas respecto a ese interrogatorio; era demasiado fácil, la chica no tenía el perfil de asesino serial; el viejo, bueno, él pudo haberse cargado a un par de tipos con relativa facilidad pese a su edad; y la madre, era otro caso, ella lo tenía un poco más difícil en el mundo criminal, al menos para comenzar desde abajo.

—¿Crees que debemos descartarlos a todos de una vez? —preguntó Daniel finalmente.

—Sí, es decir, no vamos a sacar mucho de aquí, debemos mirar en otras direcciones —replicó Mónica mientras rodeaba el coche para entrar por el lado del acompañante, de nuevo le tocaba conducir a Daniel.

—De igual forma la mantendremos bajo vigilancia. Pregúntale a tu amigo si podrá ayudarnos con eso.

—¿A Martín? ¿Estás hablando en serio?

—Sí, no tiene que acercarse a ella, solo vigilarla y avisarnos de cualquier irregularidad.

—Está bien, Mon, le diré, seguro que para esta tarde tendremos un ojo sobre esa mocosa.

La detective campos se acomodó en el asiento del coche cuando su teléfono sonó. Daniel encendió el motor pero no se movió hasta que su compañera colgó la llamada. Manipulaba las salidas de aire acondicionado cuando oyó que Mónica se dirigía a él.

—Ya tienen los resultados de la evidencia que dejamos en el laboratorio esta mañana.

—Destino: laboratorio —exclamó Daniel poniendo la marcha atrás para salir del estacionamiento.

—Con una escala en un kiosco para comprar unas hamburguesas.

—¡Aprobado!

Las hamburguesas estaban muy buenas, y les repusieron las fuerzas que necesitaban para continuar. Los agentes llegaron a las instalaciones del departamento de policía y caminaron a largos pasos hasta el laboratorio, el experto los estaba esperando y, después de indicarles que se acercaran a la pantalla en la que se mostraba una imagen ampliada de lo que estaba analizando, comenzó su exposición.

—Es una inscripción hecha con un objeto filoso, y quiero decir muy filoso, me atrevería a decir que un bisturí

del tipo quirúrgico. —El experto tomó uno de los instrumentos que había en una bandeja junto a otros varios—. Como este, es decir, trabajo con estos todos los días. No fue necesario ningún truco para encontrar trazas de sangre en las muescas de algunos caracteres, lo que sugiere que fue lo que se usó como arma homicida.

—Tiene sentido —exclamó Daniel mirando la ampliación de la fotografía en un lienzo colgado de la pared.

—¿Alguna idea del perfil de nuestro sospechoso? —agregó Mónica con su libreta en la mano.

—Que apostaría mi ridículo sueldo a que, a juzgar por el corte hecho en la pierna, es médico, o muy buen estudiante de medicina —respondió el doctor—. No pudo haber hecho el mismo corte dos veces en el mismo sitio cualquier aficionado.

Mónica escuchó al hombre mientras copiaba los caracteres que veía en la diapositiva:

H T F A

E O R S

C R I

Miró por un momento el papel, pero luego lo descartó, arrancando la hoja y pasándosela a Daniel, quien la guardó en el bolsillo de su camisa sin siquiera leerlo. Al

salir del departamento de policía entraron en el auto y salieron del estacionamiento.

—Intentaremos averiguar algo del señor Cabello en el bufete. Vamos allá —sentenció la detective.

—¿El bufete? —preguntó Daniel algo extrañado—. Pensé que iríamos a la casa de Frías...

—¿Frías? ¿Y quién es ese?

—¿Cómo que quién es?, ¿no recuerdas el informe que leímos sobre la chica violada? La hija del viejo carrabias. Uno de los implicados era Héctor Frías —respondió Daniel, aún sin entender por qué quería Mónica volver al bufete.

—Oh, sí, lo recuerdo, pero... —Mónica dejó la frase en suspenso.

—Dijiste que el asesino buscaba a los criminales.

—Sí, sí, pero quiero saber por qué quieres ir a visitar a ese hombre en específico y no a otro de la lista

—Espera, espera, ¿acaso no me diste un papel con el nombre de ese tipo? —Daniel se sacó el papel doblado y se lo entregó a ella—. Pensé que sabías lo que decía.

—Pues no, ¿y qué dice?

—Dice *Héctor Frías*... Oye disculpa, Mon, pensé que habías descifrado el texto cuando me lo diste y pensé que iríamos a por el tipo.

—Pues me sorprendes, Dan, en serio —exclamó ella—. Pero dime, ¿cómo resolviste el acertijo?

Dan se sintió un poco incómodo.

—Pues la verdad, temo que si te digo, vas a sentirte muy tonta.

Ella lo miró y sonrió.

—Pues, está bien, me lo cuentas luego, mientras, da vuelta en el próximo retorno, regresaremos a la estación.

—¿Volver? ¿Y para qué?

—Quiero comprobar qué tan loco, o tan loca, es nuestro ignoto. Vamos al depósito de vehículos.

13

Al menos no se habían alejado tanto de la estación policial, y volver les llevó unos cinco minutos. Entraron directamente al depósito de vehículos y dejaron su coche en la entrada. Un oficial los guio entre la maraña de coches desperdigados por todo el área sin un orden aparente. Muchos de ellos tenían años allí por distintos motivos: drogas, secuestros, homicidios sin resolver; cada uno con alguna historia turbia que contar. Al fin hallaron el Audi negro del doctor Maduro. El oficial encargado del depósito pulsó el botón de apertura y los seguros se destrabaron. Cuando Mónica abrió la puerta, una bofetada de aire hediondo le dio en la cara, haciéndola retroceder; el sol que brillaba radiante reflejaba en el suelo la sombra del vapor que huía del coche como si escapara a toda prisa después de más de una semana de encierro con toda aquella sangre en descomposición.

—¡Dan! —solicitó la detective casi sin poder cambiar la mueca de repugnancia—. La cámara. —Dan entregó el

pequeño dispositivo—. Esta vez no necesito la evidencia física, un par de capturas serán suficientes.

Entró en el coche aguantando la respiración y disparó dos veces en forma consecutiva al techo, justo sobre el tapa sol.

Iban de nuevo en camino, ahora conducía Mónica. Dan esperaba que la cámara mostrara en la pequeña pantalla trasera la imagen que había capturado unos minutos antes.

—Listo, Mon —confirmó el joven agente—. Tienes razón, es el nombre de la segunda víctima.

—Bueno, nos sacamos la lotería, perseguimos a un asesino serial en toda regla. —Hizo el comentario sin apartar la vista del camino, Dan percibió que ella quería que le explicara aquello del acertijo; se produjo uno de esos silencios incómodos y Dan continuó hablando como si tal cosa:

—A veces nuestros cerebros no ven cosas que están a simple vista, ahí nada más, frente a nosotros. —Mónica escuchaba en silencio, conduciendo hacia la dirección del señor Frías, la que habían obtenido de la base de datos del departamento—. Si ves un crucigrama o una sopa de letras, enseguida le ordenas a tu mente buscar de forma analítica las palabras escritas de arriba abajo, en diagonal, cruzadas unas con otras y qué se yo, y con seguridad

resolverías uno particularmente difícil en unos diez minutos o menos. Pero en este caso, tu mente dijo desde el principio que ni siquiera intentarías resolverlo, bien porque diste por sentado que era un galimatías sin sentido, o bien porque no ibas a perder el tiempo en algo que un desequilibrado escribió con un cuchillo en el techo de un coche sentado en las piernas de un cadáver que nadaba en un lago de su propia sangre.

—A veces me asusta la imaginación que tienes, Dan —comentó ella. Al principio estaba algo distraída, pero luego notó que las elucubraciones de Dan no eran para nada descabelladas.

—Sí, creo que demasiada televisión. Pero en fin, si miras el acertijo del papel o el de la fotografía que tomaste como un crucigrama, es tan tonto que no provoca comentarlo con nadie. Observa. —Dan le tendió la cámara con la pantalla trasera encendida—. Solo lee las letras de arriba hacia abajo.

D G E A L
I E S B L
O N C E O

Tardó solo un segundo, pero cuando lo hizo, no podía creerlo. No el hecho de que ante sus ojos se había

revelado el secreto con insultante facilidad, sino que Dan tenía razón, no podría decirle nunca a nadie que no había resuelto una adivinanza para niños, y recordó claramente el momento en el que anotaba aquel acertijo en el laboratorio forense; ¿sabría el médico lo que decía? ¿Habría pensado que solo anotaba por la vieja costumbre de documentar todo? Gracias a Dios no le dio tiempo de llevar el maldito papel a la división de informática.

—Pues gracias, Dan, por hacerme sentir realmente tonta.

Unos doce kilómetros más tarde entraron en los suburbios de una zona no muy pintoresca del noroeste de la ciudad. Mientras pasaban por las solitarias calles, grupitos de pandilleros, o al menos eso era lo que aparentaban ser vistiendo camisetas talla extra grande con el rostro pintado de algún rapero de segunda, las gorras planas y kilos de cadenas colgando de sus cuellos, los miraban con suspicacia mientras exhalaban bocanadas de humo, como si quisieran parecer más peligrosos de lo que en realidad eran. Siguiendo las indicaciones del GPS dieron con la casa de Frías; era bastante bonita para estar emplazada en aquella zona. Mónica avanzó dos cuadras hacia adelante y estacionó frente a una casa de fachada humilde; no reparó en el contraste que hacía su coche allí. Iba a apagar el motor cuando Daniel la detuvo.

—Espera, Mon...—Ella lo miró—. Creo que es una mala idea.

—¿Pero qué dices? Fuiste tú quien sugirió que viniéramos.

—Sí, porque eso decía la nota, pero...

—No creerás que es una trampa...

—No, no, es solo que... Es decir, tocamos la puerta ¿y luego qué? Decimos “Hola, somos detectives y sospechamos que está usted en peligro, hay por ahí una chica menuda y hermosa que escribió su nombre en el techo de un coche y creemos que lo buscará para seducirlo, llevarlo a algún sitio y asesinarlo”.

—Pues... Sí, tienes razón... Entonces me parece que debemos ponerlo bajo vigilancia y esperar que aparezca el ignoto.

—Eso significa quitar la vigilancia a Lola Castro.

—Sí, creo que perdemos el tiempo con esa chica.

—Está bien. Llamaré a Martín... No le va a gustar.

Daniel tomó su celular y marcó el número.

14

Martín estaba en ese momento leyendo un artículo en una revista cuando su móvil comenzó a vibrar. Dejó la revista en el asiento del acompañante y miró la pantalla: *llamada entrante: Daniel*. “maldición”, masculló, contestó:

—La chica no se ha movido, Dan, ¿qué pasa?

—Te necesito en otro sitio, Martín.

—Muchos sospechosos y poco personal, ¿no?

—Es como es, amigo. Te paso la dirección por texto.

La llamada se cortó y dos segundos después el teléfono vibró solo una vez. Martín miró: *mensaje nuevo*.

Puso en marcha el vehículo mientras guardaba su móvil, se alejó de la casa de los Castro y condujo hasta detenerse en un kiosco y comprar algo para comer, para luego continuar hacia la dirección que Daniel le había pasado.

Tardó unos treinta minutos en llegar por el tráfico, disminuyó la velocidad al entrar en la vereda de acceso; era un barrio feo de calles sucias y fachadas desvencijadas que demandaban una mano de pintura, de pronto comenzó

a extrañar la casa de los Castro, con todo y viejo. Aunque pensó que a los pandilleros podría eliminarlos sin sentir ningún remordimiento. Llegó a la dirección señalada y avanzó para detenerse unas cuantas casas más allá; tal como indicaba el manual.

A varios kilómetros de ahí, en un elegante barrio del norte, la casa del juez Robles alzaba sus dos pisos de altura junto a los árboles plantados alrededor. El coche de Mónica aparcó justo al frente, y los detectives se acercaron a la puerta para tocar el timbre; los agentes de vigilancia que habían apostado hacía algunos días se encontraban patrullando en los alrededores, ya los habían visto llegar. El juez Robles los recibió.

—Buenas tardes, señor Juez. —dijo Mónica, mostrando su placa—. Tenemos un par de preguntas que hacerle.

El juez accedió al interrogatorio dejándoles pasar.

—Tomen asiento, detectives —les pidió mientras él se tumbaba en un sillón aparte—. ¡Juanita! —llamó, y enseguida apareció lo que parecía ser la criada—. ¿Nos trae té, por favor?

Juanita asintió y partió sin decir nada; a juzgar por sus rasgos extranjeros, tal vez ni siquiera hablase español.

—Bueno, detectives, ¿de qué manera puedo ayudarlos?

—Supongo que está informado acerca de la desaparición del abogado Manuel Maduro.

—En efecto, sí, buen abogado, en el sentido más académico que cabe, por supuesto.

—Lo mismo pensamos, sobre todo al hurgar en su pasado y descubrir cosas bastante oscuras.

El juez se acomodó en el sillón, el que de pronto había dejado de ser cómodo.

—Ah, sí, no sé qué tan turbio fue el pasado de Manuel, pero supongo que ustedes se refieren al único episodio que lo conecta conmigo.

—Así es, señor juez. —repuso Daniel. El viejo administrador de la justicia miró hacia arriba y suspiró largamente.

—Uno de los errores más graves que he podido cometer, lo admito. Era joven y ambicioso en ese entonces, y las conexiones que obtendría por la liberación de ese bastardo cegaron mi voluntad. No estoy justificándome de ninguna manera, pero cada día que pasa siento la necesidad de torturarme por aquella decisión. —En ese momento entró Juanita, silenciosa como un gato, y dejó sobre la mesa del centro una bandeja con una tetera, tres platillos con tazas y cucharitas, servilletas y un pequeño tarro repleto de terrones de azúcar; a continuación vertió humeante infusión en las tazas. Robles encendió un habano que salió de nadie sabe dónde, y la bocanada de humo dejó de salir de su boca justo para retomar su historia en ausencia de la criada—. De haber

sido solo él, tal vez; no podría jurarlo, pero tal vez, lo hubiera mandado tras las rejas por un buen tiempo, aunque el dinero y las influencias de sus familias hubieran terminado por corroer mi sentencia. Pero no sucedió así, eran cuatro las cabezas que había que cortar, y hacerlo con una de ellas condenaría inevitablemente a las otras tres, arrastrándolo a él hacia el abismo. —El juez Robles volvió a dar una calada al habano, su mirada parecía estar viajando hacia aquel pasado—. Yo fui quien pagó el tratamiento de esa pobre niña, era lo menos que podía hacer, por Dios. —En ese momento los miró directamente, y los señaló con los dedos que sostenían el puro—. Y nadie sabrá que lo hice, así tenga que jurar sobre la sagrada Biblia, que Dios me ayude.

El móvil de Daniel comenzó a vibrar, lo miró discretamente y miró que la llamada entrante era de Martín.

—¡Mon! —le susurró—. Será mejor que atiendas tú, yo continuaré.

—Le ruego me disculpe, su señoría —dijo Mónica levantándose del asiento y contestando la llamada. Hablaba mientras se alejaba hacia la puerta.

En la sala, Daniel llevaba las riendas del interrogatorio, y aprovechó la pausa para hacer su lanzamiento.

—¿Y no recordará alguna otra persona que pudiera haberse visto afectada por esa decisión?

El juez volvió a arrellanarse en el sillón. Parecía estar rebuscando en su mente una respuesta para el agente.

—La verdad, me gustaría ser de más ayuda, detective, pero no se me ocurre un nombre, es decir, muchas personas se cabrearon por la decisión de ese juez, y bastantes enemigos se logró por eso.

Estaba oscuro ya, y la brisa se sentía ahora muy fría, el sol cansado se había ocultado tras las lejanas montañas. Daniel y Mónica salieron de la casa; los agentes de vigilancia estaban estacionados a prudente distancia.

—¿Qué te dijo Martín? —preguntó Daniel encendiendo el motor.

—Que Frías había salido de casa; está siguiéndolo.

Daniel miró el reloj.

—Wow, nos tardamos un rato en la casa del viejo juez, ¿no? Mónica dejó a Daniel en su casa, y partió a la suya con la imagen en la mente de un rompecabezas en el que faltaban las piezas centrales. Iba a mitad de camino cuando su teléfono comenzó a sonar. De nuevo era Martín.

—¡Martín!

—Hay alguien tras de Frías, Mon, creo que debo seguir a ese bastardo.

—No, Martín, quédate con Frías. ¿Me oyes? ¡Quédate con Frías!

—Está bien, está bien, mantendré el contacto con Frías... —Martín miró un segundo el teléfono para cortar la llamada, pero algo en la situación cambió—. ¡Espera, Mon...!

—¿Martín? ¿Qué pasa? —Martín no respondía—. ¿Martín?

Cuando la voz de Martín salió del auricular de Mónica, parecía un poco alterado.

—El bastardo se dio cuenta de que estoy siguiendo a Frías, está tomando el desvío, ¡voy a seguirlo!

—Espera, Martín, ¡no! —le dijo al aparato, pero la conexión se había interrumpido.

15

Se había quedado dormida en el coche, pero las luces traseras del vehículo que tenía delante la despertaron. Era tarde ya. Se desperezó rápidamente y encendió el contacto. “A ver a dónde vamos esta noche, bastardo”. Pensó. El coche de Frías salió del estacionamiento y ella esperó un poco antes de ir en pos de él. La vía estaba bien iluminada en esa zona, y la luna allá arriba era opacada de vez en cuando por las nubes empujadas por el viento. El tipo giró a la izquierda, luego a la derecha, continuó recto por algunas cuadras antes de girar de nuevo a la derecha, entonces notó que había otro coche tras Frías; no había que ser muy inteligente para darse cuenta de que era un policía. Un ataque de nervios le invadió, y por poco gira en la cuadra más próxima de no haberse percatado a tiempo que era una calle en contramano. Tenía que abandonar la persecución cuanto antes; lo bueno era que recordaba que en la siguiente calle sí podía girar. Lo que pasó a continuación no fue exactamente lo que esperaba.

Luego de girar disminuyó la velocidad para tomar la calle subsiguiente y retornar tomando la avenida, de esa forma podía ir mucho más rápido, pero cuando volvió a la avenida, tan solo unos segundos después, sus retrovisores se llenaron con la imagen del coche que perseguía a Frías. “¡no puede ser, no!” “¡Maldición!”, pensó. Continuó su avance por la avenida viendo como aquel imbécil se acercaba; intentó mantener la calma, después de todo no estaba haciendo nada ilegal, ¿cierto? Disminuyó un poco la marcha y trató de sostenerla, miró por el espejo y vio que el tipo se acercaba más aún, fue entonces cuando perdió los estribos.

Pisó el pedal hasta el fondo y aceleró, volvió a mirar los retrovisores para comprobar que el hombrecito seguía tras ella, aceleró más aún; el policía estaba cada vez más cerca. Ochenta, noventa, cien kilómetros por hora. Aceleró más aún; tomó sin ver el cinturón de seguridad y lo trabó en su hendidura. Ciento diez, ciento treinta. Aprovechó que no veía coches cerca y entonces, de pronto, hundió ambos pies en los pedales de freno y embrague, deteniendo el coche casi en seco, derrapando y lanzando humo con los neumáticos. Menos de un segundo después, el impacto.

Fue estrepitoso, un desastre en toda regla, el metal se retorció muy rápido causando mucho ruido y chispas

incandescentes por doquier. El coche que iba detrás empujó con mucha fuerza el de ella, sacándolo del camino entre trozos de metal y plástico incendiado. Dentro, el airbag impidió que el rostro de la muchacha diera contra el volante causándole una muerte dolorosa. En el coche de atrás las cosas no estaban mejor. Al fin, después de pocos segundos que parecieron una eternidad, todo se detuvo y quedó en silencio. Luego de unos minutos la puerta de uno de los coches se abrió y su ocupante descendió. Su andar tambaleante no se debía al alcohol sino al impacto; aún estaba mareada. Se acercó al vehículo que la seguía y miró dentro de la cabina deformada y destrozada. Había alguien dentro a quien no reconoció; sin embargo no le importó, así que descubrió el artefacto que sostenía en su mano derecha y se acercó a la ventanilla. Al rostro del hombre que había dentro pareció helársele la sangre en las venas.

16

Las llamas que se reflejaban en sus ojos bien podrían no provenir de los pequeños incendios que poco a poco iban apareciendo en el coche, sino de su propia rabia que le quemaba por dentro. Al hombre no parecía quedarle mucho tiempo, tenía sangre en todo el rostro y no parecía poder emitir sonido alguno; eso incluía también pedir ayuda.

—Tú... ¡Cerdo! —le espetó. Él la miró directamente a los ojos y escupió una bola de sangre en actitud desafiante. Ella movió la mano y él pudo ver un brillo de azul incandescente entre sus dedos; entonces supo que su fin había llegado.

La figura se acercó a la ventanilla del coche con el instrumento en la mano, emitiendo rayos y el característico sonido de alto voltaje, él la miró; se hacía cada vez más grande, su mano comenzó a acercarse también, en el extremo estaba esa danza terrible, entonces se detuvo. Él cerró los ojos esperando. Nada pasó, sintió que algo caía a su lado y después unos pasos apresurados que se alejaban.

17

—¡Mon! —le dijo Daniel al aparato con urgencia.

—Daniel, ¿qué pasa?

—Es Martín, tuvo un accidente hace poco.

—¿Un accidente? ¿Está bien? ¡Maldición!

Mónica se incorporó de un salto.

—Está muy malherido, pero vivirá, el bastardo... Encontraron algo en el coche, Mon.

—¿De qué hablas?

—El asesino, Mon, lo tenemos, es un taser con sus huellas, el asesino iba a usarlo contra Martín y de alguna forma logró quitárselo.

—Voy por ti —dijo, y la conexión terminó. Mónica tardó unos veinte minutos en llegar a la casa de Daniel, este la estaba esperando en la puerta.

Horas antes, aún de madrugada, mientras conducían de vuelta a la casa de Daniel, y luego de que perdieran conexión con Martín. Mónica había hablado con el departamento y pedido que una patrulla siguiera la ubicación

de Martín, les proporcionó el enlace del GPS. “espero que no haga algo estúpido”, había pensado mientras colgaba.

Ahora conducían hacia el hospital central donde estaba un Martín Ferrara con una buena cantidad de huesos rotos.

Aún era muy temprano y el tráfico era escaso, tomaron por la interestatal a la izquierda y, luego de varios minutos, divisaron la imponente estructura del hospital.

—Y, ¿cómo estás? —preguntó ella al acercarse a la camilla, aún parecía estar molesta por la desobediencia del novato.

Daniel y ella entraron a la habitación, escoltados por una enfermera que les explicaba que el paciente necesitaba el mayor reposo posible. Una muchacha que lo acompañaba y parecía ser su novia, saludó cortésmente y salió de la habitación.

—Estoy estable... —dijo con una mueca de un dolor que no podía disimular—. ¿Identificaron las huellas? —preguntó.

—Sí, su nombre es Brisa Hernández —contestó Daniel—. Estudia en la facultad de medicina, es atleta y experta en artes marciales, todo el perfil encaja.

Mónica miró su reloj y decidió que no podía esperar a que abrieran las oficinas administrativas de la facultad. Así que sopesando sus opciones al fin soltó, dirigiéndose a Daniel:

—Toma mi teléfono en el bolso y busca el contacto de Jesús Álvarez. Es el decano de la facultad, dile que te proporcione el número del administrador de control de estudios y averigua lo que puedas sobre esa chica.

—Hecho —Daniel comenzó a hurgar en el bolso de la mujer hasta que halló el dispositivo—. Tu clave, Mon.

—1, 3, 5, 7.

Daniel tecleó los dígitos y la pantalla se abrió para él. Buscó el contacto indicado y marcó; después de varios tonos, cayó el contestador automático. Lo volvió a intentar.

—¿Hola? —contestó una voz pastosa al otro lado de la línea.

—Señor Álvarez, lo siento, sé que la hora no es la adecuada, pero es un asunto de vida o muerte, le habla el detective Daniel Martínez de la policía del estado, y necesito que me facilite el número telefónico del administrador de control de estudios.

—Oh, sí, detective, espere un segundo. —El decano pareció espabilarse y comenzaron a oírse ruidos de fondo—. Listo, aquí está, ¿tiene para anotar?

Daniel copió rápidamente la sucesión de dígitos y colgó, luego marcó el nuevo número. Esta vez contestaron casi de inmediato.

—Caballero, disculpe el atrevimiento. Soy el detective Daniel Martínez de la policía del estado y necesito

información sobre una alumna de la facultad de medicina. —Daniel esperó un poco—. Sí, sé que ese tipo de información es confidencial y...

El hombre le interrumpió.

—Sí, señor, ya lo sé... —Daniel estaba perdiendo la paciencia, miró a Mónica, luego atacó al aparato—: No se preocupe por la orden judicial, la tendrá sobre su escritorio mañana a primera hora, pero alguien está a punto de morir y esa información nos ayudará a evitarlo. ¿O quiere cargar en su conciencia con una vida que pudo haber salvado, además de un cargo por obstrucción a la justicia? —Las palabras de Daniel parecieron surtir efecto—. Gracias, señor. A continuación tomó su propio móvil y lo desbloqueó, mostrando en la pantalla la información que le había facilitado el departamento forense—. Su nombre es Brisa Hernández, y es alumna de la facultad de medicina...

—La conozco —dijo el hombre—. Es una alumna destacada. ¿Está metida en algún problema?

—Espero que no, señor... Necesitaré su número de identificación y dirección de habitación actual para hacer las averiguaciones pertinentes.

El hombre le hizo una pregunta.

—No si no tienen antecedentes —respondió Daniel, el hombre le dio lo que pedía después de dudar un poco y luego hurgar en algún sitio—. Listo, gracias por su ayuda.

Al colgar la llamada le dirigió una mirada a Mónica y ambos miraron a Martín, quien asintió; había un caso que resolver.

Mónica encendió el GPS e introdujo la dirección. Vio la pantalla en el tablero y presionó una combinación diferente.

—Esa no es la dirección de Hernández, Mon.

—Ya lo sé, Dan. Pero por definición, el que persigue a la presa siempre va detrás. Toma de nuevo mi teléfono y pide una patrulla para interrogar a Brisa... Nosotros nos adelantaremos un paso. Vigilaremos a Frías.

18

No podía decirse que Lola tuviera el sueño liviano, pero el insistente alarido del teléfono celular al lado de la almohada logró traerla de regreso al estado de vigilia. Cuando logró ver por encima de la brumosa modorra, el nombre de Rosi apareció en la pequeña pantalla. Contestó de inmediato.

—¿Rosi?

—¡Amiga! —La voz de Rosi sonaba alterada—. Tuve un accidente, necesito que vengas por mí, ¿podrás? ¡Estoy en mi casa!

—¡Rosi! Em, ¡claro, claro! —Su voz parecía confundida y dubitativa, pero su cuerpo se puso en movimiento casi de inmediato—. Espera, voy para allá —dijo mientras colgaba la llamada y se ponía los calcetines. Bajó las escaleras corriendo. Su abuelo la detuvo justo antes de salir.

—¡Hey, nena! ¿A dónde vas con tanta prisa? —preguntó el coronel desde el sofá.

—Lo siento, abuelo, es Rosi, tuvo un accidente... o algo así...

—¿Quieres que te acompañe? —ofreció.

—Este... No, gracias abuelo, quédate con mamá, seguro no es nada grave, volveré pronto —dijo, y enseguida salió de la casa, cerrando la puerta.

El coronel se levantó del mullido mueble para mirar a su nieta mientras se marchaba; no notó algo realmente preocupante, es decir, las jovencitas tenían a veces extrañas formas de comportarse, y no era la primera vez que Lola salía a auxiliar a alguna amiga con un “accidente”. Meneó la cabeza con resignación y subió con paso lento las escaleras. Y fue al pasar por su habitación, que estaba de camino a la de su hija que vio algo extraño: una delgada línea negra que evidenciaba que su armario estaba mal cerrado, y eso no estaba bien. Entró a la habitación y comprobó que el armario, en efecto, había sido abierto, y en su interior había otro objeto que también parecía haber sido manipulado: el estuche plateado que contenía el arma.

La dirección de Rosi estaba a, al menos, diez minutos en coche desde la casa de los Castro. Lola solo necesitó ocho. Bajó del coche justo en la entrada de la casa de Rosi. Un poco más adelante, el coche de su amiga descansaba en la puerta del garaje, se veía el aparatoso golpe que había sufrido; la preocupación por su amiga se intensificó.

—¡Rosi! —llamó y golpeó la puerta—. ¡Rosi!!

Del otro lado, un ruido de llaves y la manija moviéndose le indicaron que alguien la recibiría. Era Rosi, no parecía estar herida.

—Rosi, ¿estás bien?

—No amiga, lo siento tanto —Enseguida un movimiento rápido y extraño en Rosi la confundió, y entonces la oscuridad la envolvió.

19

Una patrulla debidamente identificada detuvo su marcha frente a una casa solariega en medio de un barrio urbano de bonitos jardines que parecían un anuncio inmobiliario. Una pareja mixta de agentes descendió del vehículo y golpeó la puerta. Ambos guardaron la distancia, colocando sus manos en las pistoleras como si tal cosa. Una muchacha alta y atlética les abrió la puerta, su rostro evidenció el asombro del que no está acostumbrado a visitas de funcionarios públicos.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Tenemos preguntas que hacerle, señorita Hernández —dijo la mujer uniformada, al tiempo que levantaba un brazo que sostenía una bolsa transparente con un taser dentro—. ¿Reconoce usted esto?

—¡Sí, es mío!

—Fue encontrado en la escena de un crimen, señorita —terció el otro agente—. Temo que deberá acompañarnos.

20

Cuando Mónica y Daniel llegaron a la dirección que habían ingresado en el sistema GPS del coche era demasiado tarde; o demasiado pronto. No había nadie en la casa de Héctor Frías. Pero no podían asegurar si el hombre había regresado de su salida nocturna y vuelto a salir, si seguía en el sitio al que decidió ir desde el principio, o estaba desangrándose en algún oscuro estacionamiento.

—¿Qué hacemos ahora, Mon? —preguntó Daniel.

—Pues no queda más remedio que esperar, pero seguimos con un pie adelante —Mónica cogió su móvil y antes de marcar un número, preguntó—: ¿Quién es el siguiente nombre en la lista?

—Un tal Leonardo López, maestro de música.

Mónica asintió y marcó. Alguien contestó.

—Sí, chicos, los necesito —Los chicos respondieron—. Sí, abandonen ese puesto. Necesito a uno de ustedes en la casa de López, lo antes posible, y a otro en casa de Brisa Hernández. —Los chicos le pidieron las

direcciones. Ella se las dio, luego cortó la llamada—. Listo —le dijo a Daniel por fin—. Ahora sí, esperaremos a ver qué pasa. Cuando Martín la descubrió —comenzó a explicar— Supo que no podría simplemente volver a casa, sería el primer lugar al que iríamos; por eso envié un agente hasta allá y otro a casa de López, por si previó que vendríamos acá.

—Entiendo, entonces está acorralada, puede escapar, pero aún le faltan dos víctimas para completar su venganza... Si es inteligente intentará esconderse.

—No tiene importancia, tenemos su nombre, sus huellas y su fotografía, no puede huir para siempre.

Un coche negro se detuvo a dos cuadras antes de llegar a la casa del señor Frías; había varios coches más así que nadie más allá notó en su presencia algo anormal. La conductora bajó, la acompañante no lo hizo. La conductora se ocultó tras un árbol y observó; no le gustó lo que vio, así que volvió al coche y puso marcha atrás. Su plan tendría que aplazarse... o tal vez solo modificarse un poco.

21

El sol comenzaba ya a lanzar sus rayos sobre la ciudad, dejando a la oscuridad relegada a la espera de una nueva oportunidad. Dentro del coche ahora oculto tras un alto muro de concreto, Lola miraba a su amiga como si estuviera ante un ser de otro planeta.

—¿Qué quieres? Deja de mirarme así... deberías estar agradecida —Lola solo podía mirarla, sacudió la cabeza haciendo que sus cabellos ocultaran parte de su rostro—. Si te quito la cinta de la boca, ¿gritarás? —Ella negó con un movimiento—. Está bien —dijo, se acercó a la muchacha a su lado y arrancó de un tirón el adhesivo que la silenciaba.

—¡Maldita! —le soltó Lola.

—Hey, así duele menos... o así he oído que dicen.

—¿Qué crees que estás haciendo? —inquirió su amiga—. ¿Qué es todo esto?

—Se llama justicia, Lola —respondió Rosi mirando al horizonte.

—Se llama venganza, y se te ha ido de las manos, has sido tú la responsable de los otros dos...

—Sí —le cortó—. ¡Y has tratado de incriminarme!

—¡No! ¡Eso no!

—Pero sabías que iban a ir tras de mí, ¿cierto? Yo soy la principal sospechosa

—Eras, Lola. Ya no te persiguen.

—¿Te descubrieron?

—Casi, pero no tengo mucho tiempo, debo acabar con todo esto de una vez.

—Pero... ¿por qué?

—¿Crees que eres la única afectada por esos cerdos, Lola? —Lola no respondió, solo intentaba encajar todo lo que estaba ocurriendo—. No conocí a mis padres, Lola, fui criada en una institución religiosa, sí, de esas en las que los sacerdotes son unos cerdos. Pero él no es sacerdote — Señaló con los dedos la casa que ya no podían ver—. Era el maestro de música, y le gustaba enseñarnos de una manera algo peculiar... —Rosi sonrió con amargura—. Decía que cada niña era única, y necesitaba un tutor único, o un espacio único para el aprendizaje, así que logró elegir a una cada día para clases particulares. Nunca logró hacerme nada, pero muchas de mis compañeras no corrieron la misma suerte. Al final hui, pero tampoco lo denuncié, era la palabra de una chiquilla huérfana contra la de un

maestro respetado —Una lágrima comenzó a rodar por su mejilla—. Así que un buen día te conocí, Lola —Rosi la miró directo a los ojos—. Luego a tu mamá, y cuando tu padre me contó la verdad de lo que yo pensaba había sido un terrible accidente, no pude evitar recordar mi estancia en aquella institución, pero la gota que derramó el vaso fue escuchar de él los nombres de los bastardos que le hicieron eso, y no pude soportarlo más.

—¡Y decidiste vengarte...!

—La verdad no parecía difícil... Los hombres son tan... —Ella parecía fascinada por lo que había hecho, y no parecía darse cuenta de las consecuencias—. Supe que el desgraciado de Maduro estaba en la defensa de un caso de violación, ¡como si no tuviera experiencia el desgraciado! —bufó—. Y lo seguí durante todo el caso, así como lo seguí hasta ese bar después de que el juez ordenara la salida bajo fianza del criminal. Lo demás, lo conoces tú muy bien, salió en todos los periódicos. Se desangró como lo que es, un asqueroso cerdo.

—¿Y piensas matarlos a todos?

—Eso quiero.

—¿Podrías desatarme? —Rosi no lo pensó mucho, deslizó el bisturí entre sus dedos y cortó las ataduras.

22

—¿A dónde vamos? —preguntó Lola cuando vio a Rosi poner el coche en punto muerto y lo dejó rodar hacia atrás por la pendiente.

—Quiero comprobar algo —respondió mientras esperaba que el coche estuviera a una distancia prudente para encenderlo y salir de aquella zona.

La casa de López no era la más alta del barrio, pero sí una de las más llamativas. Tenía dos plantas que se levantaban en medio de un jardín al que le hacía falta cuidado, aunque la fachada parecía recién pintada. Rosi se detuvo cuando pudo avistar la entrada de la casa y notar la presencia de un agente de la policía vigilando.

—¡Vaya! Qué poca fe me tiene. ¡Un solo vigilante!

—¿Y eso qué significa? —preguntó Lola mirando al tipo apostado cerca de la entrada.

—Significa que los detectives no saben a quién seguir y están protegiendo a las posibles víctimas, o usándolos como carnada, por lo que me importa. Y pusieron a un

solo agente con López porque están muy seguros de que iré por Frías o porque el segundo debe estar haciéndole la vida de cuadritos a tu amiga Brisa.

—¿A Brisa? —volvió a preguntar la chica Castro, asombrada de oír aquel nombre.

—Sí, dejé un pequeño obsequio en el coche de uno de sus agentes con las huellas de esa perra, así desvíe un poco la atención. Espero. —Rosi no le dio tiempo a Lola de replicar, y antes de que pudiera pronunciar algo, le soltó—. Debes bajarte aquí, Lola.

—¡Pe, pe, pero...!

—Vamos, Lola, debo hacer esto sola...

—¡Pero es mi coche! ¿Qué te pasa? —

Lola comenzaba a molestarse. Rosi la miró directamente a los ojos por primera vez desde que se habían encontrado la noche anterior.

—Lola, voy a matar a ese cerdo, y no pueden verte conmigo, no has hecho nada hasta ahora y no quiero que te pase nada.

Lola no dijo nada, solo se quedó mirando a su amiga sin saber cómo reaccionar. La mano de Rosi comenzó a acariciar su rostro y luego a acercarse lentamente; Lola se sentía atrapada por el brillo de sus ojos, y cuando logró pensar con claridad, el rostro de su amiga estaba a menos de un centímetro del suyo. Sintió los suaves labios de

su amiga contra los suyos y su primer pensamiento fue rechazarla, pero lo que sucedió fue exactamente lo contrario, y sus almas se enredaron en un húmedo beso que pareció durar una breve eternidad.

Lola se quedó mirando las luces rojas de su propio coche alejarse mientras pensaba qué hacer, aunque sabía que era bastante obvio. Se apresuró a dar media vuelta y salir de ahí cuanto antes. Y aún caminaba hacia la vereda con la intención de encontrar un taxi cuando escuchó el choque.

23

El agente encargado de vigilar la residencia de López dio un respingo cuando el coche se estampó contra el otro justo frente a sus ojos. “¡Maldición!”, masculló. “¡Tenía que pasar esto justo en mi guardia!”, pensó mientras se debatía entre ir a ayudar a las posibles víctimas y hacer la vista gorda. Al final decidió que no podía mantener una vigilancia eficiente teniendo un problema como aquel justo en frente, así que decidió acercarse al accidente para instar a los implicados a desalojar el área lo antes posible, ya tenía el celular en la mano para comunicarse con la división de tránsito terrestre y primeros auxilios. No se acercó al coche impactado, pues estaba estacionado ahí desde hacía varias horas, así que fue directamente al otro, del que no había salido nadie y probablemente el conductor estuviera herido.

—Hola, ¿hay alguien ahí? —dijo mientras se acercaba a paso rápido, pero nadie respondía. Tomó la manija y tiró de ella, abriendo la puerta. Dentro no había nadie.

—¡Maldición! —soltó cuando se dio cuenta del engaño, y logró atisbar un leve movimiento en la puerta principal al volverse a mirar—. ¡Maldición! —volvió a jurar, y desenfundó su pistola mientras marcaba un número de acceso rápido en su teléfono celular—. ¡Detective! —dijo al aparato cuando la conexión se estableció—. ¡Está aquí!

—¿Ella está allá? —preguntó la detective, había alarma en su tono.

—No puedo estar seguro, pero alguien está adentro con López.

—Voy para allá, no entres solo ahí, ¿entendido?

—Sí, detective.

La llamada se desconectó y el agente guardó el móvil, se apresuró a ocultarse detrás de un parapeto que había cerca del patio delantero. Al principio no tenía pensado obedecer la orden de la detective, después de todo, López era un tipo fuerte, serían dos contra uno, pero luego pensó que si la cosa se salía de control, la víctima siempre era la que terminaba pagando los platos rotos, así que mantuvo su estatus, pero intentaría buscar la forma de averiguar qué estaba pasando y poder saber a qué atenerse cuando la detective llegara.

Pasaron cinco minutos eternos, luego ocho, Martín no podía dejar de ver su reloj. Su frente sudaba copiosamente y su corazón latía como un animal desbocado.

No pudo soportar más la presión y salió de su escondite, con el arma levantada, todo siguiendo estrictamente el manual. Se detuvo en el umbral de la puerta, miró hacia atrás un momento, resopló maldiciendo una vez más y se dispuso a entrar.

Tomó el picaporte para empujar la puerta cuando un chirrido de neumáticos lo hizo girar en redondo. El coche accidentado escapaba ante sus ojos con una mujer dentro.

24

—¡Mónica! ¡Ella escapó!!

Fue lo último que escuchó la detective por la radio de frecuencias instalada en el coche. Justo en ese momento un sedán negro que iba en dirección contraria se le hizo familiar, a pesar de tener un feo golpe en el morro. Desaceleró mientras fijaba la mirada en el vehículo y un “¡te tengo!” le asaltó de súbito cuando identificó a Lola Castro al volante.

Menos de diez minutos después, Mónica Campos estacionaba en la parte trasera de la casa de Héctor Frías.

Levantó la radio sin apartar la vista de la casa y marcó un dígito.

—Martín, espero que estés viniendo para acá, necesito refuerzos.

Cerró la conexión y buscó un sitio más seguro para ver la escena que se desarrollaba allá delante de la casa.

Daniel Martínez estaba en medio de un iracundo Héctor Frías y una Lola Castro bastante alterada también.

La detective sacó su arma de la funda y se acercó lo más rápido y sigilosamente que pudo, y detuvo el drama con un movimiento rápido y el metálico sonido del percutor al fijarse detrás del proyectil de turno.

—Creo que no estaba tan equivocada, después de todo, ¿no es así? —soltó Mónica desde uno de los extremos de su brazo; el que sostenía la pistola.

—¿Pero de qué está hablando usted? —le respondió ella mirando el cañón con el rabillo del ojo.

—¿Qué está haciendo aquí?

—¡Debo hablar con ese señor! —le dijo. Daniel Seguía con el arma en una mano, manteniendo a raya a Frías con la otra a sus espaldas.

—¡Ah sí! Pues muy casual, ¿no? —escuchó que decía Mónica a Lola.

—Justo después de asesinar a Leonardo López, arruinando tu... orden enfermo.

—Pero, ¿es que se ha vuelto loca? —le soltó, apartándose del arma y enfrentándola—. Vine a casa de este imbécil porque necesito mostrarle el estado en el que dejó a mi madre. —Las lágrimas comenzaron a amontonarse en sus ojos—. Vine a decirle que doy gracias a Dios de que haya un asesino suelto buscándolo y que deseo con todas mis fuerzas que lo mande al infierno ¡como hizo con los otros tres! —Las lágrimas terminaron de

despeñarse por sus mejillas, se notaba que hacía un esfuerzo por controlarse.

—¡Nadie ha dicho que López haya muerto! —dijo Mónica dejando a Lola en evidencia—. Estás bajo arresto, muchachita —sentenció y le hizo un gesto a Daniel para que la apresara, pero justo cuando guardaba de nuevo su arma para sacar las esposas, una explosión seca seguida de un objeto que se estrelló violentamente contra una columna muy cerca de su cabeza la detuvo. Dio un bote y se encorvó, poniéndose las manos en la cabeza para protegerse. Al mirar hacia atrás, de donde había venido la detonación sus ojos se encontraron con el rostro de Frías desfigurado en una mueca atónita. Una mancha negruzca en el pecho comenzó a crecer en forma de una gran flor carmesí y, luego

de lo que parecieron ser los dos segundos más largos del mundo, el cuerpo de Héctor Frías se desplomó en el suelo, dejando al descubierto la figura de una muchacha que con mano temblorosa sostenía una pistola muy grande cuyo cañón aún humeaba.

Mónica estaba petrificada, no encontró la forma de actuar de inmediato, así que solo bajó su arma y dijo casi en un susurro:

—Saben que de esto no pueden escapar, ¿sí lo saben? Ninguna de las dos.

Todo había acabado, no temía ya que aquella chica fuese a dispararle, no temía siquiera que intentara escapar. Daniel pensaba igual, al parecer, porque guardó su arma y sacó las esposas que guardaba en un estuche a sus espaldas, y no encontró ninguna resistencia cuando aferró las muñecas de la pistolera después de confiscar el arma homicida.

Lola Castro miraba petrificada el cuerpo en el piso, la mancha color rojo oscuro se iba haciendo más grande mientras recordaba el momento en que corría por la carretera en dirección a su casa. Había rechazado más veces de las que recordaba las llamadas reiteradas de su abuelo antes de que su propio auto se detuviera justo a su lado.

—¡Sube! —le había dicho Rosi, mientras se cambiaba de asiento.

—¿Qué hiciste? —logró articular Lola.

—¡Apresúrate! —le gritó, y abrió la puerta del conductor.

Lola entró y tomó el volante del coche.

El sonido de las esposas cerrándose alrededor de sus muñecas la trajeron de vuelta a lo que estaba pasando. Nadie volvió a pronunciar palabra, y ambas mujeres fueron conducidas e introducidas en el coche patrulla que fue solicitado por la detective para que efectuara el arresto. Por

otro lado, Héctor Frías fue ingresado sin signos vitales en la unidad de primeros auxilios y así, de la escena del crimen solo quedó una casa de bonita fachada emplazada en un feo barrio con un cordón amarillo demarcando el área del suceso, y en el interior, una mancha de sangre dentro de un croquis dibujado con tiza blanca, más arriba, y una columna de concreto a la que una bala de calibre .45 le había arrancado un trozo violentamente; a su lado figuraba un banderín amarillo con un número.

EPÍLOGO

El área de visitas estaba abarrotada ese día, todas las cabinas telefónicas estaban ocupadas y filas de personas esperaban pacientes para hablar con aquellos que del otro lado eran cautivos del sistema. Una chica, sin embargo, esperaba sentada detrás del cristal. Su uniforme naranja no lograba hacer que terminara de parecerse a todas las demás prisioneras; el auricular a su lado seguía en la misma posición. Pronto apareció por la entrada una silla de ruedas ocupada por una mujer, y un hombre bastante mayor la empujaba; ambos sonrieron al verla. La muchacha sabía que no necesitaba el auricular para hablar con aquella mujer, así que la miró a los ojos y, luego de una breve conversación silenciosa, ambas asintieron con complicidad. El señor Castro tomó el aparato y esperó que Rosi hablara.

—Y Lola, ¿cómo está?

—Bien, ya sabes, habría querido venir...

—Sí, entiendo —le cortó. Sabía que la habían enviado lejos después de salir bajo fianza—. Le agradezco todo lo que hace por mí, señor, aunque no lo merezca.

—Si vamos a hablar de administrar merecidos, creo que tú lo has hecho mejor que nadie —dijo el hombre, y ambos sonrieron—. Hay alguien más que insistió en venir a verte.

El coronel castro le hizo una señal a la guardia quien se asomó a la puerta para llamar a alguien.

Los ojos de Rosi se inundaron de lágrimas cuando por la puerta entró Brisa, quien había sido liberada de su arresto cautelar cuando Rosi confesó.

—Lo siento, Brisa. —Fue lo que pudo decir con la voz quebrada.

Hablaron solo un poco más hasta que el tiempo reglamentario acabó y la carcelera de turno se encargó de recordárselo. Se despidieron, pero el coronel aprovechó el último momento para decirle que pronto habría buenas noticias.

En una ciudad de esas que no duermen de noche, en uno de esos clubes que bullen de energía y juventud, una joven solitaria que bebía un trago ligero en la barra es abordada por un hombre de aspecto elegante.

—Hola, preciosa.

Ella parece distraída y no responde.

—Disculpa —Insiste el desconocido, intentando encontrar la mirada de ella—. ¿Puedo ofrecerte un trago?

—¡Oh! Disculpa, no te vi —dijo ella, pareciendo reaccionar al fin—. ¿Decías?

—Es que te vi aquí y me preguntaba qué hace una muñeca sola en un lugar como este. La verdad es que no lo sé, solo pasaba por aquí y decidí entrar por un trago... Para despejar la mente.

—Para despejar la mente... —repitió ella, confirmando lo que el hombre decía, aunque fuera solo por llevarle la corriente. Él decidió seguir adelante.

—¿Y qué te parece si salimos de aquí e intentamos despejarnos en un sitio algo más... tranquilo?

Los músculos de la cara de la muchacha se tensaron, y una extraña sombra pareció oscurecer su mirada, aunque fue sólo una fracción de segundo, pero luego esbozó una sonrisa y su expresión se suavizó.

—¿Sabes? —le dijo, extendiendo un brazo y poniéndole delicadamente el dedo índice sobre el nudo de la corbata—. Tengo una idea mejor: ¡Déjame en paz!

FIN

Se terminó de Imprimir en los Talleres Gráficos Libella
en el mes de enero de 2025